

Monergism

# **THE DOCTRINE OF GOD**

JOHN DAGG

Monergism

**THE DOCTRINE OF GOD**  
JOHN DAGG

Copyright © Libros Monergismo

# La doctrina de Dios

por John Dagg

Tabla de contenido:

[Introducción--El deber de amar a Dios](#)

[Capítulo I - Existencia de Dios](#)

[Capítulo II - Atributos de Dios](#)

[--Sección 1. Unidad](#)

[-- Sección 2. Espiritualidad](#)

[-- Sección 3. Inmensidad, Omnipresencia](#)

[-- Sección 4. Eternidad e inmutabilidad](#)

[-- Sección 5. Omnisciencia](#)

[-- Sección 6. Omnipotencia](#)

[-- Sección 7. Bondad](#)

[-- Sección 8. Verdad](#)

[-- Sección 9. Justicia](#)

[-- Sección 10. Santidad](#)

[-- Sección 11. Sabiduría](#)

[Conclusión](#)

## Introducción

### Deber de amor a Dios

"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas". (Dt 6,5). De esta manera la Biblia ordena al jefe de todos los deberes. No se asignan razones para el requerimiento. No se aduce prueba alguna de que Dios exista, o de que posea perfecciones tales que le den derecho al amor supremo de sus criaturas. Jehová se presenta ante los súbditos de su gobierno y da su mandato. No espera ninguna presentación formal. El levanta su voz con majestad. Sin promesa y sin amenaza, proclama su ley y deja a sus súbditos a su responsabilidad.

De la manera de este anuncio, podemos derivar instrucción.

No es necesario que entremos en una demostración formal de que Dios existe, o una investigación formal de sus atributos, antes de comenzar el deber de amarlo. Ya sabemos bastante de él para esto; y posponer el cumplimiento del deber hasta que hayamos completado nuestras investigaciones, es comenzarlas con corazones no santificados y en rebelión contra Dios. Desde el amanecer de nuestro ser hemos tenido demostraciones de la existencia y el carácter de Dios, resplandeciendo a nuestro alrededor como la luz del mediodía. Los cielos y la tierra han declarado su gloria; sus ministros y pueblo han proclamado su nombre; él no es un Dios desconocido para nosotros, excepto en la medida en que nuestras mentes estén voluntariamente ciegas a las manifestaciones de su gloria. Si, por lo tanto, retenemos los afectos de nuestro corazón, no podemos tener excusa en el alegato de que se necesita más evidencia. Y con corazones tan alejados de Dios desde el principio, es probable que todas nuestras investigaciones religiosas sean inútiles. ¿Qué probabilidad hay de que

producir su propia impresión y efecto en nuestras mentes, si lo que ya está en nuestra posesión es desatendido o abusado? Si, por lo que ya sabemos de Dios, lo admiramos y lo amamos, desearemos saber más de él, y proseguiremos el estudio con provecho y deleite; pero, si ya lo hemos excluido de nuestros corazones, se puede esperar que todas nuestras investigaciones intelectuales con respecto a él nos dejen en la ceguera espiritual.

El deber exigido corresponde, en carácter, a la religión, de la que es parte esencial. Los dioses paganos no podían reclamar el amor supremo de sus adoradores; y las mentes paganas no tenían idea de una religión fundada en el amor supremo a sus deidades. Hasta cierto punto, eran objetos de miedo; y mucho de lo que pertenecía a su supuesto carácter e historia, servía para divertirse o para interesar la imaginación; pero la conducta que se les atribuía era a menudo tal que incluso la virtud pagana desaprobaba. Por lo tanto, no podrían ser objetos del amor supremo; y nadie lo reclamó por ellos. El requisito del amor supremo demuestra que la religión de la Biblia proviene del Dios verdadero; y cuando comenzamos nuestras investigaciones religiosas con la admisión de la obligación, y el pleno reconocimiento de ella en nuestros corazones, podemos estar seguros de que estamos procediendo en el camino correcto.

La sencillez del requisito es admirable. No se necesita explicación del deber. Las formas de adoración pueden ser numerosas y variadas, y pueden surgir dudas en cuanto a las formas que serán más aceptables. Muchos deberes externos de la moralidad a menudo se determinan con mucha dificultad. Surgen preguntas desconcertantes en cuanto a la naturaleza del arrepentimiento y la fe, y los desinformados necesitan instrucción al respecto. Pero nadie necesita que le digan qué es el amor; la mente más humilde puede comprender el requisito, y puede sentir placer en la conciencia de rendirle obediencia; y el erudito filósofo se encuentra en presencia de este precepto como un niño pequeño, y siente que su poder vincula todas las facultades que posee. Este simple principio impregna toda religión y une todas las inteligencias, pequeñas y grandes, a Dios, el centro del gran sistema. entre ella y la

poder de la gravitación en el mundo natural, que une átomos y masas, guijarros y vastos planetas, se puede trazar una hermosa analogía.

La amplitud del precepto no es menos admirable. De ella surge el precepto: Ama a tu prójimo como a ti mismo; y sobre estos dos descansa toda la ley. Amamos a nuestro prójimo porque son criaturas de Dios, y sujetos de su gobierno, y porque él nos lo ha mandado. Amamos a Dios por sobre todas las cosas, porque es el más grande y el mejor de los seres; y amamos a otros seres, según la importancia de cada uno en el sistema universal del ser. Un principio impregna ambos preceptos, ya que un principio de gravitación une la tierra al sol y las partes de la tierra entre sí. Esta ley une a los ángeles al trono de Dios y entre sí; y une a hombres y ángeles como súbditos del mismo soberano. El decálogo es esta ley ampliada y adaptada a la condición y relaciones de la humanidad. El amor no es sólo el cumplimiento de la ley, sino también la esencia de la moralidad evangélica. Toda la obediencia cristiana brota de ella; y, sin ella, ninguna forma de obediencia es aceptable a Dios.

El que ama a Dios por sobre todas las cosas, no puede ser culpable de esa incredulidad que hace a Dios mentiroso, y no puede reflexionar sobre los pecados que ha cometido contra Dios, sin una sincera penitencia.

No debemos pasar por alto la tendencia de este precepto a producir un bien universal. Todo el mundo sabe cuánto depende del amor el orden y la felicidad de la sociedad humana. Si todos los afectos amables fueran desterrados del corazón de los hombres, la tierra se convertiría de inmediato en un pandemónium. El amor que queda en la tierra lo hace tolerable, y el amor que reina en el Cielo lo convierte en un lugar de bienaventuranza. La perfecta obediencia a la gran ley del amor es suficiente para hacer felices a todas las criaturas. Abre, dentro del pecho, una fuente perenne de goce; y encuentra, desde fuera, la sonrisa y la bendición de un Dios que aprueba.

Aunque la religión del amor se enseña claramente sólo en el libro de Dios, sin embargo, cuando la hemos aprendido allí, podemos descubrir su concordancia con la religión natural. Será útil observar cómo la moral

las tendencias de nuestra naturaleza concuerdan, en este punto, con las enseñanzas de la revelación.

La maldad del hombre ha sido motivo de queja en todas las épocas.

Los antiguos paganos se quejaron de la degeneración de su tiempo y hablaron de una edad dorada, pasada hace mucho tiempo, en la que prevaleció la virtud. En las naciones paganas modernas, junto con la depravación que prevalece, existe cierto sentido de esa depravación; y en todas partes se admite la necesidad o el deseo de un estado más virtuoso de la sociedad. En tierras cristianas, los mismos incrédulos, que se mofan de toda religión con un solo aliento, con el siguiente satirizarán la maldad de la humanidad. Es el juicio conjunto de todas las naciones y de todas las épocas que la práctica de los hombres cae por debajo de su propia norma de virtud. Es, pues, necesario, para adquirir las mejores nociones de la virtud que la naturaleza puede darnos, apartarnos de la práctica de los hombres hacia aquellos sentimientos morales implantados en el pecho humano, que condenan esta práctica e instan a la virtud superior. .

Es bien sabido que los hombres juzgan las acciones de los demás con más severidad que las propias. Nuestros apetitos y pasiones interfieren con las decisiones de la conciencia, cuando nuestra propia conducta es objeto de examen. Por lo tanto, el sentido moral general de la humanidad es un mejor estándar de virtud que la conciencia individual. Al considerar el juicio de los demás, con miras a determinar la moralidad de nuestras acciones, se debe considerar especialmente el juicio de aquellos que se beneficiarán o dañarán con nuestros actos. Por lo tanto, la religión natural aprueba la regla: haz a los demás lo que quisieras, en circunstancias similares, que te hicieran a ti.

Cuando el vicio de los demás interfiere con nuestra felicidad, somos más profundamente conscientes de su existencia y atrocidad. Por vagas que sean nuestras nociones de la virtud, siempre la concebimos como algo que tiende a promover la felicidad de los demás. Sin embargo, no es toda tendencia a promover la felicidad lo que concebimos como virtuoso. La comida que comemos y el lecho en el que nos acostamos tienden a promover nuestra felicidad; sin embargo, no atribuimos virtud a estas cosas inanimadas.

La virtud pertenece sólo a los agentes racionales y morales; y la promoción de la felicidad debe ser intencional para ser considerada virtuosa. Todavía hay otra limitación. Los hombres a veces otorgan beneficios a otros, con la expectativa de recibir mayores beneficios a cambio. Cuando el motivo de la acción es simplemente el beneficio esperado a cambio, el juicio común de la humanidad se niega a caracterizar la acción como virtuosa. Para constituir virtud, debe haber una promoción intencional de la felicidad en los demás; y esta intención debe ser desinteresada. La religión natural no niega que pueda existir un estándar superior de moralidad; pero sostiene que la benevolencia desinteresada es virtud, y determina la moralidad de las acciones por la benevolencia desinteresada que exhiben.

Algunos han sostenido que el amor propio es el primer principio de la virtud, su afecto central, que se extiende primero a los más cercanos a nosotros, se extiende gradualmente a otros más remotos y se ensancha finalmente en la benevolencia universal. Este sistema de moralidad es contradictorio en sí mismo. Si bien pretende apuntar a la felicidad universal, hace que sea el deber de cada individuo apuntar, no a este bien público, sino a este beneficio privado. Siempre que el interés de otro entre en conflicto con el suyo propio, es su deber apuntar a este último y promover el de su prójimo sólo en la medida en que conduzca al suyo propio. Es cierto que los defensores de este sistema introducen la razón como una influencia restrictiva, y suponen que regulará el ejercicio del amor propio de modo que resulte en el bien general. De acuerdo con este sistema, si nosotros, al aspirar a nuestra propia felicidad, practicamos el fraude y la falsedad con miras a promoverla, y nos encontramos derrotados en la consecución de nuestro objetivo, podemos imputar nuestro fracaso, no al principio virtuoso por el cual se supone que hemos sido movidos, pero por el fracaso de nuestra razón para contenerlo y regularlo para alcanzar su fin. Si se dice que la conciencia no nos permitirá ser felices en la práctica del fraude y la falsedad, y que el amor propio, consciente de ello, evita aquellas prácticas tan contrarias a nuestra paz interior, se admite claramente que la conciencia es un principio de nuestra naturaleza, a cuyas decisiones se ve obligado a ceder nuestro amor propio.

Como la virtud apunta al bien general, debe favorecer los medios necesarios para la consecución de este fin. El gobierno civil y las leyes, promulgadas y ejecutadas con sabiduría y justicia, son altamente conducentes al bienestar general, y reciben la aprobación y el apoyo de los virtuosos. Si un individuo de nuestra raza, por una feliz excepción a la regla general, naciera con una inclinación mental virtuosa, en lugar de la propensión egoísta natural de la humanidad; y si esta inclinación virtuosa fuera fomentada y desarrollada en su educación, se encontraría buscando el bien de todos. Sus primeros beneficios conferidos serían a los más cercanos a él; pero su benevolencia desinteresada no se detendría aquí. A medida que su conocimiento se extendiera a las ramificaciones de la sociedad, su deseo y trabajo por el bien general se extendería con él, y el gobierno civil, las leyes sanas y toda institución tendiente al beneficio público recibirían su cordial aprobación y apoyo; y todo gobernante sabio y justo, y todo individuo subordinado, tendiente al bien público, sería objeto de su favor. Si suponemos que el conocimiento de este individuo aumenta, y sus principios virtuosos se expanden, ensanchando el ejercicio de la benevolencia universal; y si, finalmente, se presentara la idea de un Dios, un ser de todas las excelencias morales posibles, el gobernador sabio y justo del universo; ¿Cómo se vería afectado su corazón?

Aquí sus principios virtuosos encontrarían ocasión para su más alto ejercicio, y tendrían el lugar más alto en su admiración y amor; y el descubrimiento de su dominio universal produciría un gozo inefable. Tales son los afectos del corazón que enseña incluso la religión natural, que debe producir el conocimiento de la existencia y las perfecciones de Dios.

En la Palabra escrita de Dios, aprendemos nuestro deber en un método inverso. No se nos permite rastrearlo mediante un proceso lento, comenzando con el primer ejercicio del principio moral en el corazón, y ascendiendo finalmente hasta el Dios infinito; pero la existencia y el carácter de Dios se presentan inmediatamente, y el primero y principal de todos los deberes se anuncia de inmediato: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón". ¡Qué sublime! ¡Qué apropiado! La mente virtuosa está abierta a recibir tal revelación; y su perfecta concordancia con las mejores enseñanzas

religión natural, la recomienda a nuestro entendimiento y a nuestro corazón. El segundo mandamiento, "Amarás a tu prójimo como a ti mismo", se introduce, no como guía del primero, sino como subordinado a él. Ocupa el lugar que le corresponde propiamente en una revelación de la autoridad suprema.

El amor se ha dividido en benevolencia, beneficencia y complacencia. Esta división puede parecer a primera vista incompatible con la sencillez que se ha atribuido al amor. La benevolencia es la disposición a hacer el bien a un objeto, y la beneficencia es el otorgamiento de ese bien. Este último no es propiamente el amor, sino el efecto o manifestación del mismo. Por otro lado, la complacencia incluye la causa del amor junto con el afecto mismo. El amor puede ejercerse hacia un objeto indigno, como cuando Dios ama a los que están muertos en sus delitos y pecados. Pero puede ejercerse hacia aquellos cuyo carácter moral los convierte en objetos aptos. En este caso, el amor que está conectado con la aprobación del carácter amado, se llama complacencia. Cuando el amor tiene una cosa inanimada por objeto, como cuando Isaac amaba la comida sabrosa, el término se refiere a la derivación del disfrute; pero cuando el objeto del amor es un ser racional, el término implica siempre el otorgamiento de goce aun cuando se haya recibido algún placer, o se espere algún goce a cambio.

El amor a Dios implica la aprobación cordial de su carácter moral. Sus atributos naturales, eternidad, inmensidad, omnipotencia, etc., pueden llenarnos de admiración; pero estos no son los objetos apropiados del amor. Si lo adoramos en la belleza de la santidad, la belleza de su santidad debe excitar el amor de nuestros corazones. A medida que aumenta nuestro conocimiento de estas perfecciones morales, nuestro deleite en ellas debe aumentar; y este deleite estimulará a seguir estudiándolos; ya una observación más diligente de los diversos métodos en que se manifiesta su gloria, incluso en las más terribles exhibiciones de su justicia, será contemplada con reverencia, pero con admiración reverencial; y su gloria unida, como se ve en el gran plan de redención de Cristo, será contemplada con deleite puro e incesante.

El amor a Dios incluye el gozo en su felicidad. No sólo es perfectamente santo, sino también perfectamente feliz; y es nuestro deber regocijarnos en su felicidad. Al amar a nuestro prójimo, nos regocijamos en su felicidad presente y deseamos aumentarla. No podemos aumentar la ya perfecta felicidad de Dios, pero podemos regocijarnos en lo que él posee. Si nos deleitamos en la felicidad de Dios, trabajaremos para agradecerle en todas las cosas, para hacer todo lo que él ordene y para llevar a cabo todos los planes, cuya realización tiene tanto en el corazón. El amor, por tanto, incluye la obediencia a sus mandatos y la resignación y sumisión a su voluntad.

El amor a Dios hará que sea una tarea placentera examinar las pruebas de su existencia y estudiar esos gloriosos atributos que lo hacen digno objeto de supremo afecto. Entremos en este estudio, movidos por el amor santo, y un fuerte deseo de que nuestro amor se acreciente.

## Capítulo I

### Existencia de Dios.

DIOS HAY (Gén 1,1; Salmo 14,1; Mc 12,32; 1Cor 8,6; Heb 3,4).

La doctrina de que Dios existe, no debe demostrarse ahora como una nueva verdad. Se ha supuesto en todas las páginas precedentes; y las pruebas de ello han sido traídas a la vista, de varias maneras. Pero, en aras de la disposición sistemática, será apropiado reunir estas pruebas bajo un encabezado; y una declaración más clara de ellos tenderá a la confirmación de nuestra fe.

1. Nuestra naturaleza moral demuestra la existencia de Dios.

Nuestra naturaleza moral está adaptada al gobierno moral. Encontramos este gobierno dentro de nosotros administrado por la conciencia, y nos sale al encuentro desde afuera en la influencia que experimentamos de los juicios morales y los sentimientos de los demás. Refrena nuestros apetitos y pasiones; y, por desagradable que sea esta restricción para nuestras malas propensiones, todo el mundo sabe que conduce a su bienestar.

Somos seres tanto sociales como morales. Las circunstancias en las que entramos en el mundo y las propensiones que traemos con nosotros se unen para hacer necesario el establecimiento de la sociedad. Los pájaros se congregan en bandadas y las abejas en enjambres, y sus instintos se adaptan a las relaciones sociales que establecen. Para el hombre en sociedad, los principios morales son indispensables. Desterrad de todo miembro de la sociedad humana las trabas que le impone su conciencia y el sentido moral de la comunidad, y asolaréis la tierra o la convertiréis en un Infierno. La fuerza bruta y la astucia diabólica, bajo el dominio de las pasiones sin ley, tomarán el dominio del mundo y lo llenarán de miseria.

De la influencia combinada de nuestros principios morales y sociales, se han originado los gobiernos civiles, y su existencia ha sido comprobada por la experiencia como indispensable para el bienestar de la sociedad. Estos gobiernos han diferido mucho en sus grados de excelencia; y algunos de ellos han sido administrados de la manera más injusta y cruel; sin embargo, los peores de ellos se han considerado preferibles a la anarquía salvaje.

La noción de gobierno moral y el sentimiento de su necesidad surgen naturalmente en la mente humana; pero ninguna forma terrenal de ella satisface nuestros deseos o satisface nuestras necesidades. La conciencia nos refrena; y, cuando hemos hecho caso omiso de sus advertencias, nos pica con remordimiento; pero los hombres siguen siendo malvados. El sentimiento público estampa el vicio con la infamia; pero, a pesar del sentimiento público, los hombres son malvados. El gobierno civil extiende sus castigos y el gobernante blande su espada; pero los hombres perseveran en la maldad, ya

La voz de la naturaleza dentro de nosotros pide un gobierno libre de estas imperfecciones. Si de la idea de un pequeño gobernante sobre una sola tribu o nación, ascendemos a la de un gobernante moral sobre todas las criaturas inteligentes; si en lugar de los juicios y sentimientos morales imperfectos que encontramos en los hombres, atribuimos a este gobernante universal, todas las perfecciones morales posibles, si lo investimos con el conocimiento suficiente para detectar todo crimen, y el poder suficiente para manifestar su desaprobación de él en el forma más adecuada y eficaz; y si este exaltado soberano, en lugar de estar lejos de nosotros, se pone en tal relación con nosotros, que en él vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser; tendremos la concepción más sublime del gobierno moral, de la que son capaces nuestras mentes. Esta concepción se presenta en la proposición HAY UN DIOS. La idea de la existencia de Dios, como gobernante moral del universo, concuerda precisamente con las tendencias y demandas de nuestra naturaleza moral; y, sin admitirlo, nuestras facultades morales y los fenómenos que exhiben, son totalmente inexplicables.

Los principios morales de nuestra naturaleza encuentran ocasión de desarrollo y ejercicio en las relaciones que sostenemos con nuestros semejantes. Pero, para su pleno desarrollo y ejercicio, nada proporciona oportunidad, sino la relación que tenemos con Dios y su dominio universal. Este ejercicio de ellos constituye religión. La religión es, por tanto, la perfección de la moralidad; y la doctrina fundamental de la religión es la existencia de Dios.

2. La existencia del mundo y los artificios que contiene, demuestra la existencia de Dios.

Mientras nuestra naturaleza moral nos lleva a la concepción de Dios, como gobernante moral del universo, ya la creencia de su existencia, nuestra naturaleza intelectual se acerca a él, como la Gran Causa Primera. La razón traza la cadena de causa y efecto a lo largo de sus eslabones. Encuentra cada eslabón dependiente de lo que le precede; y pregunta ¿de qué depende toda la cadena? No obtiene una respuesta satisfactoria a esta pregunta, hasta que ha admitido la existencia de un eterno, auto-

existente e independiente, como la primera causa de todas las cosas. Aquí, y sólo aquí, la mente encuentra reposo.

El argumento en el que más se ha confiado en la religión natural, para probar la existencia de Dios, se deriva de las indicaciones de artificio, con las que abunda la Naturaleza. La adaptación de los medios a los fines y el logro de los propósitos por artificios de una habilidad consumada, son visibles en todas partes. La invención implica un artífice. La inteligencia mostrada a menudo se encuentra en criaturas que no tienen inteligencia; y en otros casos, cuando se encuentra en criaturas inteligentes, manifiestamente no es de ellas; porque existe sin su conocimiento y opera sin su control. El artificio debe ser referido a una Primera Causa inteligente. Este argumento a favor de la existencia de Dios es de gran valor práctico, porque se presenta a nuestra mente a diario ya cada hora en todas las obras de la Naturaleza. Lo encontramos en los rayos del sol, que imparten a plantas y animales el calor necesario para la vida; ya cada ojo, la luz sin la cual los ojos serían inútiles. Se presenta a los ojos de cada hombre, bestia, ave, pez, insecto y reptil, y se exhibe de manera más convincente en los arreglos para recibir y refractar la luz, y emplearla para los propósitos de la visión; una invención tan verdaderamente mecánica y conforme a las leyes de la óptica como la que se ve en la estructura del telescopio. Lo contemplamos en la lluvia descendente que fertiliza la tierra y hace crecer la hierba; y en el germen que revienta, la hoja que se extiende, el tallo que se levanta y el grano que madura, en todo lo cual se despliega una hábil invención que trasciende infinitamente todo ser humano. Lo descubrimos en los instintos por los cuales la gallina madre empolla sus huevos y cuida a sus crías; y en la adaptación de cada especie de animales en la tierra, en el aire o en el agua, a su modo y condición de vida. Se ve en el regreso del día y la noche, la revolución de las estaciones, el viento que barre el cielo y el vapor que se eleva del océano y flota a través de la atmósfera. Lo encontramos en los huesos del cuerpo, preparados para sus respectivos movimientos, y en los músculos que los mueven; en el corazón palpitante, la sangre circulante, el estómago que digiere y los pulmones palpitantes. En todo lo que el

el ojo contempla, o la mente contempla, descubrimos las manifestaciones de la sabiduría y el poder del Creador. El corazón devoto es golpeado por la evidencia de la existencia de Dios, tan abundantemente mostrada en todas sus obras, y es incitado a admirar y adorar.

Todo el universo se convierte en un gran templo, impregnado de la presencia y la gloria de la deidad; y todo lugar se convierte en altar, sobre el cual se le puede ofrecer sacrificio de alabanza y acción de gracias.

3. La doctrina de que hay un Dios, es confirmada por el común consentimiento de la humanidad.

Ha habido tribus de hombres sin literatura y, en gran parte, sin ciencia y sin artes; pero la noción de un poder invisible, dominante, con alguna forma de culto religioso, ha sido casi o bastante universal. En este particular, el hombre se distingue de todos los demás animales que habitan el globo; y si ha habido alguna parte de nuestra raza en la que no ha aparecido ninguna idea de Dios y religión, puede decirse de ellos que se han brutalizado hasta el punto de ocultar de la vista la distinción característica de la naturaleza humana. Ahora bien, como sea que se pueda explicar, que la creencia en la existencia de Dios ha prevalecido tan generalmente entre la humanidad; el hecho de su prevalencia es un argumento a favor de la verdad de la opinión. Si es una revelación antigua transmitida por la tradición, esa revelación procede de Dios, y por lo tanto prueba su existencia; y si brota naturalmente en la mente humana, en las circunstancias en que nos encontramos, lo que la Naturaleza enseña universalmente, puede ser recibido como verdadero.

4. La revelación divina disipa toda duda en cuanto a la existencia de Dios.

En la Biblia, la existencia de Dios es asumida desde el principio. "En el principio, Dios creó los cielos y la tierra". (Gen 1:1) La doctrina, aunque formalmente declarada en apenas un solo pasaje, se presenta como fundamental en la religión. "El que viene a Dios, debe creer que él es;" (Heb 11:6) y la negación de ella se atribuye a la insensatez; "El necio ha dicho en su corazón: No hay Dios". (Sal 14:1) El

volumen de revelación es una luz que emana del Padre de las luces, y es, en sí mismo, una prueba independiente de su existencia. Al estudiar sus páginas, en su luz veremos la luz; y una convicción más consciente y permanente de que Él, la gran Fuente de luz, existe, ocupará nuestras mentes.

La perfecta armonía entre la religión natural y la revelada, con respecto a esta doctrina, confirma la enseñanza de ambas. "Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos.

El día al día habla, y la noche a la noche manifiesta el conocimiento".

(Sl 19:1, 2.) Aunque el cielo y la tierra, el día y la noche, hablan por Dios, él habla por sí mismo en su palabra inspirada, confirmando el testimonio que dan y completando la instrucción que transmiten.

La revelación nunca contradice o deja de lado las enseñanzas de la religión natural. Dios afirma, que "las cosas invisibles de él son claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por las cosas que son hechas, incluso su eterno poder y Deidad". (Romanos 1:20) No es una derogación de la autoridad o perfección de las Escrituras, que estudiemos la religión natural. Las Escrituras mismas nos dirigen a este estudio. "Pregunta a las bestias, y te enseñarán, ya las aves del cielo, y te lo dirán". (Job 12:7) El mismo Dios que nos habla en su palabra, nos habla también en estas obras; y de cualquier manera que él hable, debemos escucharlo y recibir instrucción.

Es una prueba lamentable de la depravación humana que los hombres nieguen o desprecien la existencia de Dios. Leemos del necio que dice en su corazón, no hay Dios; de naciones que se olvidan de Dios; y de individuos que no tienen a Dios en todos sus pensamientos. Tales personas no se deleitan en Dios; y por eso dicen: "Apártate de nosotros; no deseamos el conocimiento de tus caminos". De tal ateísmo, la única cura eficaz es un corazón nuevo. Para la sugerencia ocasional de dudas ateas, con las que un hombre piadoso puede ser acosado, el remedio es un estudio diligente de la palabra y las obras de Dios, una marca cuidadosa de su mano en la Providencia, y un reconocimiento confiado y en oración de él en todos nuestros maneras. Si caminamos habitualmente con Dios, no dudaremos de su existencia.

La invisibilidad de Dios es uno de los obstáculos para el ejercicio de una fe viva en su existencia. Puede ayudar a remover este obstáculo, reflexionar que la mente humana también es invisible; y, sin embargo, nunca dudamos de que existe. Oímos las palabras y vemos las acciones de un prójimo, y éstas nos indican el carácter y el estado de su mente, de modo que despiertan en nosotros admiración o desprecio, amor u odio. Si, mientras escuchamos sus palabras y observamos sus acciones, percibimos claramente la inteligencia de la que proceden estas palabras y acciones, ¿por qué no podemos, con igual claridad, percibir la inteligencia de la que proceden los movimientos de la naturaleza? Si podemos conocer, admirar y amar una mente humana invisible, es igualmente posible conocer, admirar y amar a un Dios invisible.

## Capitulo dos

### Atributos de Dios.

A medida que adquirimos conocimiento de otros seres y de las relaciones que mantienen con nosotros, se da la oportunidad para el desarrollo de nuestros principios morales y el ejercicio de nuestros sentimientos morales. Está de acuerdo con los dictados de la conciencia individual, y con los juicios morales comunes a la humanidad, y con las enseñanzas de la palabra de Dios, que los sentimientos que ejercitamos y las acciones que realizamos hacia los demás deben tener en cuenta su carácter y su relaciones con nosotros. Para entender nuestro deber hacia Dios, debemos conocer su carácter. No es suficiente creer que existe, sino que debemos trabajar para adquirir un conocimiento de él. Preguntémonos, pues, con reverencia: ¿Quién es el Señor?

#### I.- Unidad.

SOLO HAY UN DIOS (Dt 6,4; Salmo 86,10; Mc 12,29, 32; In 17,3; Gal 3,20; Ef 4,6; 1Tim 2,5; Stg 2,19).

Las naciones paganas han adorado a muchos dioses; pero el volumen inspirado inculca la doctrina de que hay un solo Dios.

Moisés dijo: "Escucha, oh Israel, el Señor nuestro Dios, el Señor uno es"; (Dt 6, 4) y, en el Nuevo Testamento, se enseña la misma verdad: "Hay un solo Dios y un solo Mediador"; (1 Timoteo 2:5) "Para nosotros hay un solo Dios". (1Cor 8:6)

No está claro que la unidad de Dios pueda ser probada por la religión natural. En algunos de los razonamientos en que se ha invocado se da por supuesta la cosa que ha de probarse. El argumento más satisfactorio se deriva de la uniformidad del consejo, que aparece en las obras de creación y providencia. Las mismas leyes de la Naturaleza prevalecen en todas partes; para que, al pasar de una región a otra, nunca sintamos que hemos entrado en el dominio de otro Señor. La luz que emana de las remotas estrellas fijas posee las mismas propiedades y obedece las mismas leyes que la que proviene del sol de nuestro propio sistema.

La prueba de la revelación es clara y decisiva. Es cierto que los nombres plurales de la deidad se usan con frecuencia en el Antiguo Testamento; pero es manifiesto que no fueron diseñados para enseñar la doctrina del politeísmo. En Deuteronomio VI. 4, la palabra "Dios" es plural, en el hebreo original; pero todo el pasaje contiene la declaración más inequívoca de la unidad de Dios. En Génesis i.1, el nombre "Dios" es plural, pero el verbo "creó" es singular y, por lo tanto, descarta toda inferencia a favor del politeísmo. En varios pasajes, se usan pronombres plurales cuando Dios habla de sí mismo. "Hagamos al hombre";

(Génesis 1:26) "Bajemos;" (Gn 11,7) "El hombre es como uno de nosotros"; (Gén 3, 22) estos pasajes, y especialmente el último de ellos, no pueden conciliarse bien con la doctrina de la unidad de Dios, tan abundantemente enseñada en otros lugares, sin suponer una referencia a la doctrina de la trinidad, que se considerará más adelante.

La unidad de Dios hace que su gobierno moral sea uno, uniendo a sus súbditos en un gran imperio. No nos deja ninguna duda de a quién debemos nuestra lealtad; y fija un centro en el universo al que deben dirigirse los afectos de todos los corazones. tiende a unir la

pueblo de Dios: así como tenemos "un Dios", así tenemos "un cuerpo y un espíritu". (Efesios 4:4, 4:6)

## II. – Espiritualidad.

DIOS ES ESPÍRITU (Jn 4,24; Is 31,3; Heb 12,9).

Por nuestros sentidos externos obtenemos conocimiento de propiedades que pertenecen a una clase de sustancias llamadas materia; tales como extensión, solidez o impenetrabilidad, divisibilidad, figura, color.

Por la conciencia, tenemos conocimiento de nuestros propios pensamientos y sentimientos; y allí adscribimos a una sustancia, llamada mente, que es capaz de percibir, recordar, comparar, juzgar, razonar y desear. La distinción entre estas dos clases de sustancias se reconoce en los juicios de todos los hombres. Nunca atribuimos el pensamiento al fuego, al aire, a la tierra o al agua; y nunca concebimos la mente como redonda o cuadrada, negra o blanca. Las propiedades que descubrimos en nuestra propia mente, las atribuimos a la mente de los demás; y fácilmente concebimos la existencia de estas propiedades en seres de un orden diferente. El término espíritu se usa para denotar una sustancia o ser inmaterial e inteligente; uno que no tiene las propiedades peculiares de la materia y posee propiedades análogas a las de la mente humana. En este sentido, Dios es un espíritu. No es extenso, sólido y divisible, como una roca, un árbol o un cuerpo humano; pero piensa y quiere, de una manera libre de toda imperfección.

Son pocos los textos de la Escritura que enseñan directamente la espiritualidad de Dios. Se puede inferir de Isaías 31:3: "Los egipcios son hombres, y no Dios; y sus caballos carne, y no espíritu". El fundamento del paralelismo, en este pasaje, es que Dios es un espíritu. Puede inferirse, también, del lenguaje de la Escritura, en el que Dios es llamado el Padre de los espíritus: "Tuvimos padres de nuestra carne, que nos corrigieron, y les dábamos respeto; ¿no preferiremos estar en sujeción al Padre de los espíritus, y vivir?" (Heb 12:9) Un padre y sus hijos poseen una naturaleza común, y, como los padres

de nuestra carne, son carne, así, el Padre de nuestros espíritus, es espíritu. Hay un pasaje que enseña la doctrina expresamente: "Dios es espíritu"; (En 4:24) y esto sería suficiente para probarlo, si no se enseñara en ningún otro lugar.

No hay objeción a la doctrina de la espiritualidad de Dios, que se le atribuyen partes del cuerpo, como manos, pies, ojos, etc. Estas son manifiestamente meras adaptaciones del lenguaje, porque no tenemos palabras más adecuadas para expresar las operaciones de la mente divina. Si fuera inadmisible hablar de los ojos de Dios, porque no tiene órganos materiales de visión, como los tenemos nosotros, sería también inadmisible hablar de la vista de Dios, porque no ve por medio de la luz material, como nosotros; o hablar del pensamiento de Dios, porque sus pensamientos no son como los nuestros.

Cristo enseñó el uso práctico de esta doctrina: "Dios es espíritu, y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren". (En 4:24). Al ofrecerle homenaje, no es suficiente presentarse ante él con la rodilla doblada o el cuerpo postrado; pero nuestra mente, nuestra naturaleza espiritual, debe rendir homenaje, o le será inaceptable.

La espiritualidad de Dios es el fundamento del segundo mandamiento del decálogo: "No os haréis ninguna imagen tallada, ni semejanza de nada que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en el aguas debajo de la tierra; no te inclinarás a ellas, ni las servirás". (Éx 20:4, 5). La razón atribuida a este mandamiento es que los israelitas no vieron forma cuando Dios les manifestó su presencia en el monte Sinaí (Dt 4,12-18). Se les apareció en la nube y en el fuego. Una columna de nube y fuego iba delante de los israelitas en su viaje por el desierto, como señal de la presencia divina. Esta señal apareció en el tabernáculo; y luego en el templo edificado y dedicado por Salomón. Dios se apareció a Moisés en una zarza ardiente. No debemos entender por estas cosas que Dios es nube o fuego. Estas son sustancias materiales y no espirituales. Como lo que es puramente espiritual

no puede ser percibido por nuestros sentidos corporales, Dios se complació en emplear estos símbolos materiales para dar una demostración sensible de esta presencia.

Por la misma razón, a veces se presentaba en forma humana. En todas estas manifestaciones materiales de sí mismo, que están registradas en el Antiguo Testamento, hay razón para creer que fue la segunda persona en la Deidad, quien así se exhibió; el mismo que después apareció en carne humana, en la persona de Jesucristo. Se le llama el Ángel del Señor, el Ángel de la presencia del Señor, y sin embargo se le llama Jehová; y se reclama para él la reverencia debida a Jehová. Un ángel creado no tiene derecho a este nombre, o este honor; pero ambos pertenecen al Hijo de Dios, el Ángel de la Alianza, quien, después de su encarnación, fue Dios manifestado en la carne. Esta opinión es confirmada por las enseñanzas del Nuevo Testamento: "A Dios nadie lo ha visto jamás; el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha declarado". (En 1:18) Del Padre, Jesús dice: "Nunca habéis oído su voz, ni habéis visto su forma;" (En 5:37) y dijo a sus discípulos: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre". (En 14:9). Una comparación de estos pasajes puede satisfacernos, que todas las manifestaciones de la deidad a los sentidos humanos, ya sean visibles o audibles, fueron hechas en la persona del Hijo, o Palabra de Dios.

La espiritualidad de Dios contradice la noción panteísta de que el universo es Dios. El universo no es espíritu. En su tejido material se despliega la inteligencia; pero esta inteligencia no pertenece al tejido material mismo, pues la materia no puede pensar ni conocer. Presentar nuestras devociones religiosas al universo es una idolatría no menos degradante que la de la más estúpida de las naciones paganas. Adoran cepos y piedras; pero esta filosofía viste cada terrón de tierra con divinidad, y le da derecho a nuestra adoración. Los paganos rinden honores divinos a unos pocos hombres, a quienes, por méritos extraordinarios, inscriben entre los dioses; pero esta noción dirige nuestra adoración a todo hombre ya todo animal del campo. Es una noción perfectamente adaptada para aplastar las emanaciones del corazón devoto, a medida que se elevan

a la única, indivisible, inteligencia espiritual, a quien sólo se debe el culto divino.

La noción de que Dios es el Alma del universo puede no estar sujeta precisamente a la misma objeción. Pero, ¿qué significa la proposición? El único sentido en el que posiblemente podemos entender que Dios es el Alma del universo es que mantiene una relación con el universo análoga a la que el alma humana mantiene con el cuerpo con el que está conectada. Pero, ¿cuán extensa es esta analogía? El alma no creó la materia de la que está hecho el cuerpo; no formó las partes hábilmente forjadas de la maravillosa maquinaria, ni ideó sus misteriosos movimientos, que estudia con admiración y comprende solo en una parte muy pequeña. El alma ejerce un control muy limitado sobre el cuerpo. Los músculos del movimiento voluntario están bajo su mando y se mueven a su voluntad; y, en este hecho, podemos descubrir una débil analogía con la operación de Aquel que obra todas las cosas según el designio de su voluntad, y en quien toda criatura vive, se mueve y tiene su ser.

Una analogía tan exigua como esta no es suficiente para justificar el lenguaje metafórico en el que se enuncia la proposición. Sin embargo, aunque rechazemos la proposición, podemos derivar de ella una sugerencia provechosa. En nuestra comunión con las miríadas de la humanidad, percibimos y reconocemos, en los movimientos de cada miembro humano, en los cambios de cada semblante humano, y en las palabras que salen de cada lengua humana, el poder y la inteligencia de un alma humana en funcionamiento. . Igualmente obvio, e infinitamente más extenso, es el control que Dios ejerce, en todo momento, sobre cada parte del universo. Con una visión adecuada de la espiritualidad de Dios y de su control operativo sobre el mundo y todo lo que hay en él, nuestra mente mantendría una comunión con su mente tan directa e indudable como la que tenemos con la mente de nuestros semejantes, y una más constante, más elevado y delicioso

tercero – Inmensidad, Omnipresencia.

DIOS ESTÁ EN TODAS PARTES (1 Reyes 8:27; Salmo 139:7; Jer 23:23).

Cada cosa material en el universo está en alguna parte. El sol tiene su lugar; también la tierra, y cada grano de arena, y cada gota de agua. Las gotas de agua pueden cambiar su lugar perpetuamente, pero cada gota tiene, para cada momento, su propio lugar, con exclusión de toda otra materia en el universo.

En nuestras concepciones de la mente humana también le asignamos un lugar, aunque de manera diferente. No le atribuimos largo, ancho y espesor, como a un bloque de mármol, que puede medirse por pies y pulgadas; pero lo concebimos como presente en el cuerpo humano, con el que está conectado, y ausente de otro, con el que no está conectado. Cada mente es operada por impresiones hechas en los órganos de los sentidos que pertenecen a su propio cuerpo; y opera por sus voliciones sobre los músculos de movimiento que pertenecen a ese cuerpo. Desde este punto de vista, concebimos a cada mente como presente en su propio cuerpo, y no en otra parte; y concebimos cambiar el lugar de la mente, mientras continúa su conexión con el cuerpo, sólo por un cambio en el lugar del cuerpo.

Cuando concebimos a los seres espirituales finitos como ángeles, les asignamos a cada uno algún lugar; porque su operación, aunque no confinada como la de la mente humana, a un cuerpo material particular, es sin embargo limitada. Tal concepción concuerda con la enseñanza de la Escritura, en la que se representa a los ángeles moviéndose de un lugar a otro para ejecutar la voluntad de su Soberano. Entonces el ángel vino a Daniel (Daniel 9:23), y a Pedro (Hechos 12:7); y así se representa a uno volando por en medio del cielo (Ap 14,6).

No debemos concebir la omnipresencia de Dios como si fuera material. Decimos que la atmósfera está presente en cada parte de la superficie terrestre; pero esto no es estrictamente cierto. No es el todo, sino sólo una pequeña parte de la atmósfera, la que está presente en cada lugar; Dios es indivisible. No podemos decir que una parte de su esencia está aquí y otra más allá. Si este fuera el modo de la omnipresencia de Dios en

espacio universal, estaría infinitamente dividido y sólo una parte infinitamente pequeña de él estaría presente en cada lugar. No sería toda la deidad la que toma conocimiento de nuestras acciones y escucha nuestras peticiones. Esta noción es desfavorable a la piedad y opuesta al verdadero sentido de la Escritura: "Los ojos del Señor están en todo lugar, mirando a los malos ya los buenos". (Proverbios 15:3) "Los ojos del Señor están sobre los justos, y atentos sus oídos a sus oraciones". (1 Pedro 3:12)

Hay pasajes de la Escritura que hablan del traslado de Dios de un lugar a otro; de su llegada y partida; de su morada en el cielo, y de su acercamiento a su pueblo, y de establecer su morada con ellos. Estas son manifiestamente adaptaciones del lenguaje; como cuando se le atribuyen ojos o manos. Se refieren a las manifestaciones de su presencia en sus diversas obras y dispensaciones, en las que tienen lugar tales cambios, tal como se expresa de manera adecuada e impresionante en este lenguaje.

Cuando negamos una omnipresencia material de Dios, como si su esencia estuviera dividida y difusa; y cuando mantenemos que toda la deidad está presente en todas partes por su energía y operación, no debe entenderse que negamos la omnipresencia esencial de Dios. De cualquier manera, su esencia está presente en cualquier parte, está presente en todas partes. Cuál es el modo de esa presencia, no lo sabemos. No conocemos la esencia de la mente humana, ni el modo de su presencia en el cuerpo; mucho menos podemos comprender la esencia del Dios infinito, o el modo de su omnipresencia. A esa incomprensible propiedad de su naturaleza, por la cual es capaz de estar enteramente presente al mismo tiempo, con cada una de sus criaturas, sin división de su esencia, y sin desplazamiento de un lugar a otro, se le ha dado el nombre de inmensidad. La esencia de Dios es inmensa o desmedida, porque es inconmensurable. Es inconmensurable, porque es espiritual, y por lo tanto, sin dimensiones tales como las que pueden medirse por pies y pulgadas; y porque, en cualquier sentido que se le atribuyan dimensiones, estas dimensiones son ilimitadas. El tiempo tiene una dimensión que no puede medirse con pies y

pulgadas: y podemos decir del tiempo, que es omnipresente. El mismo momento existe en Europa y América, en Saturno y en el centro de la tierra. La omnipresencia del tiempo no explica la omnipresencia de Dios, pero puede ayudarnos a admitir la posibilidad de la omnipresencia sin división de esencia o remoción de lugar. Pero la omnipresencia del tiempo no es inmensidad; porque el tiempo tiene su medida, y un momento no es eternidad.

No es despectivo a la dignidad y gloria de Dios, que él esté presente en todas partes. Hay lugares repugnantes donde los seres humanos preferirían no estar; pero no afectan a la Deidad como afectan a los hombres. Los rayos del sol caen sobre ellos sin contaminarse; y el Dios santo no puede ser contaminado por ellos. Hay escenas de maldad de las que un hombre bueno se alejará con aborrecimiento y, en el lenguaje figurado de la Escritura, Dios es "muy limpio de ojos para ver el mal" (Hab 1:13). Sin embargo, en otro lugar de la Escritura, lenguaje no menos figurativo nos enseña que los ojos de Dios miran tanto al mal como al bien (Prov 15,3). Él es testigo, mientras que aborrece.

Un hombre que cree sinceramente en la omnipresencia de Dios, no puede ser indiferente a la religión. Darse cuenta de que el Gobernador moral del universo está siempre cerca, en toda su santidad y poder, y tan presente como si no estuviera en ninguna otra parte, debe despertar la solicitud. Cuando oprime un sentimiento de culpa, la presencia de tal compañero se vuelve intolerable. El culpable se esfuerza por huir de la presencia de Dios, como lo hizo Jonás; pero la doctrina de la omnipresencia de Dios le enseña que el intento es en vano. La conciencia de poder que atormenta al culpable, dondequiera que vaya, es terrible; pero la presencia del Dios contra quien ha pecado, y cuya ira teme, es aún más terrible. Al alma, reconciliada con Dios, la doctrina está llena de consuelo. En cada lugar, en cada condición, tener con nosotros un amigo todopoderoso, un padre bondadoso, es fuente de inefable consuelo y alegría. No debemos temer, aunque pasemos por fuego o inundación, si Dios está con nosotros. Incluso en el valle de sombra de muerte, no podemos temer mal alguno. En toda circunstancia y prueba conduce a la santidad, saber que Dios está presente.

#### IV. – Eternidad e Inmutabilidad.

DIOS ES ETERNO (Dt 32:40; Dt 33:27; Salmo 9:7; Salmo 90:2; Salmo 102:27; Salmo 146:10; Isa 57:15; Isa 63:16; Jer 10:10; Lam 5:19; 1Tim 1:17).

En nuestro conocimiento de los objetos que nos rodean, incluimos no sólo su estado presente, sino también su existencia continua y los cambios que experimentan. Algunas cosas pasan ante nuestros ojos, como visiones del momento; otros, como las rocas, el sol, las estrellas, sobreviven a muchas generaciones de hombres. Pocas criaturas vivientes permanecen en vida tanto tiempo como el hombre; pero la brevedad de su vida es un tema de comentario diario y de representación bíblica impresionante (1Cr 29:15; Job 7:6; Job 9:25, 26). La duración de la deidad se exhibe en contraste así: "Señor, hazme saber mi fin, y la medida de mis días, cuál es, para que sepa cuán frágil soy. He aquí, has hecho mis días como un palmo. , y mi edad es como nada DELANTE DE TI." (Sl 39:4, 5.) Mil años, incluye muchas de las generaciones ordinarias de la humanidad; sin embargo, en comparación con la duración de Dios, se dice que son "como ayer cuando ya pasó, y como una vigilia en la noche". (Sal 90:4) Mañana, aunque futuro, puede parecer a nuestra vista, como una duración de considerable duración; pero ayer, cuando una hora del día, llena de una gran variedad de sucesos, cuya narración requeriría muchas horas, se alarga a nuestra vista; pero ¡cuán corta, cuán contraída es la vigilia de la noche, en la que dormimos y despertamos, y no sabemos que el tiempo ha pasado! Tal a la vista de Dios es el largo período de mil años. Para realzar nuestra concepción de la eternidad de Dios, se contrasta con la duración de aquellas cosas naturales que parecen poseer la mayor estabilidad: "Tú, Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de Dios". tus manos; perecerán, pero tú permanecerás; y todos ellos se envejecerán como un vestido; y como un vestido los envolverás, y serán mudados; pero tú eres el mismo, y tus años no acabarán ." (Heb 1:10-12) Pero cuando hemos ampliado nuestros conceptos al máximo, todavía fallan por completo en comprender el vasto tema. Estimamos nuestros pensamientos hacia atrás

y adelante; pero no aparece principio ni fin de la existencia de Dios. Para aliviar nuestra imaginación sobrecargada y detener el inútil esfuerzo por comprender lo que es incomprensible, introducimos la idea negativa: sin principio, sin fin. La duración sin principio y sin fin, se convierte en la expresión de la eternidad de Dios.

Que todo, excepto Dios, tuvo un principio, es una doctrina de la revelación: "En el principio, Dios creó los cielos y la tierra". (Gen 1:1) Esta doctrina, la filosofía no puede contradecir, y quizás no pueda demostrar completamente. Pero hay manifestaciones de diseño, incluso en materia no organizada, en las clases y cantidades que existen, y los usos a los que se adaptan. Si la materia es eterna, o una producción del azar, ¿por qué no es toda de una clase; y ¿por qué son los tipos de ella, y las cantidades proporcionadas de cada uno, tan aparentemente el resultado del diseño? Apocalipsis responde a esto con una declaración: "Con sabiduría las has hecho todas". (Sal 104:24)

Al contemplar a Dios como Causa Primera, consideramos su existencia sin causa. Así como miramos hacia atrás a través de la duración pasada, hasta que encontramos una existencia que no tiene principio, así miramos hacia atrás a través de la larga cadena de efecto y causa, hasta que encontramos una existencia que no tiene causa. A veces, sin embargo, la concepción está revestida de un lenguaje que no tiene un significado meramente negativo. No satisfechos con la idea meramente negativa, sin causa, los hombres eruditos se esfuerzan por asignar una causa a la existencia de Dios y representarla como la causa de sí mismo, o incluyendo su causa dentro de sí mismo. Expresan esto diciendo que Dios existe por sí mismo. Este modo de expresión se acomoda a nuestra tendencia a filosofar; pero tal vez no transmita otra idea inteligible que la de que la existencia de Dios no tiene causa.

Otra expresión filosófica, Dios necesariamente existe, parece poseer algún significado profundo; pero cuando nos esforzamos por explorar sus profundidades, tal vez no encontremos en él otra idea inteligible que la de que Dios existe y siempre ha existido. Su existencia siempre ha hecho imposible su no existencia, porque es imposible que algo sea y no sea al mismo tiempo. Si la filosofía va detrás de la

existencia de Dios, en busca de una causa que necesita su ser, ella vaga fuera de su propia provincia. Podemos permitirle rastrear la relación de causa y efecto, en la medida en que se encuentre esa relación; pero cuando haya llegado a la existencia sin causa del Eterno, debemos decirle, hasta aquí llegarás, y no más allá.

La eternidad de Dios ha sido definida, existencia sin principio, sin fin y sin sucesión. El tiempo con nosotros, es pasado, presente y futuro; pero se cree que la existencia de Dios es un ahora perpetuo. El tema está más allá de nuestra comprensión; pero es más razonable concluir, que el modo de existencia de Dios difiere del nuestro, en lo que respecta al tiempo, así como al espacio; y que, como existe igualmente en cada punto del espacio, sin división de su inmensidad, así existe igualmente en cada momento del tiempo, sin división de su eternidad. Posiblemente esto pueda estar insinuado en la frase bíblica, "habita la eternidad".

(Isa 57:15) Habitamos en el tiempo, una morada con sus diversos aposentos; y pasamos de uno a otro en orden; pero la habitación de Dios es la eternidad indivisa. Nuestra vida tiene sus partes, niñez, adolescencia, virilidad y vejez; pero la vida de Dios es tan indivisible como su esencia.

## DIOS ES INCAMBIABLE

(Números 23:19; Salmo 102:27; Mal 3:6; Hebreos 1:12; Hebreos 13:8; Santiago 1:17).

La doctrina de la eternidad de Dios y la de su inmutabilidad están casi relacionadas entre sí; y si su eternidad excluye la sucesión, debe también excluir la posibilidad de cambio. La inmutabilidad se aplica no solo a su esencia, sino también a sus atributos. Su espiritualidad es siempre la misma, su omnipresencia la misma, y así el resto. Su propósito, también, es inmutable; se llama "su propósito eterno". (Efesios 3:11) Él dice: "Mi consejo permanecerá". (Isaías 46:10)

Se dice, en la Escritura, que se arrepienta; pero, en el mismo capítulo (1Sam 15) en que se dice dos veces que Dios se arrepintió, se dice también: "No es hombre para que se arrepienta". No podemos suponer que el escritor sagrado pretendiera contradecirse palpablemente en el compás de un

pocos versos. Acomodándose a nuestros modos de hablar, se dice que Dios se arrepiente cuando efectúa un cambio tal en su obra que, en las acciones humanas, procedería del arrepentimiento. El arrepentimiento, en los hombres, implica aflicción mental y cambio de trabajo. Lo primero es inconsistente con la perfección de Dios, pero lo segundo no lo es. Destruir el mundo por el diluvio no implicaba más un cambio en Dios que crearlo al principio. Cada conjunto efectuó un gran cambio, pero en ambos Dios permaneció invariable. Ningún otro lenguaje podría representar tan impresionantemente el aborrecimiento de Dios por la maldad del hombre como la causa del diluvio, como el usado por el historiador sagrado: "Se arrepintió el Señor de haber hecho al hombre en la tierra, y le dolió en su corazón." (Gén

Cuando contemplamos la brevedad de la vida humana, y el cambio incesante de todo lo que tenemos que hacer en la tierra, y de nosotros mismos, al pasar de la cuna a la tumba, bien podemos exclamar, al mirar hacia el eterno e inmutable Dios, "Señor, qué es el hombre, para que te acuerdes de él". Un sentido de nuestra relativa nada conduce eminentemente a la humildad. Una visión de la eternidad e inmutabilidad de Dios es necesaria para el debido ejercicio de la confianza en él. Es necedad confiar en las riquezas inciertas y en las cosas que perecen en el uso de ellas; pero sabiamente ponemos nuestra confianza en el Dios vivo. Los hombres con quienes conversamos están pasando; la condición de vida está cambiando perpetuamente; somos, en todas nuestras relaciones con las cosas terrenales, como si estuviéramos en la superficie de un océano inquieto; mas Dios es como una roca en medio de las aguas fluctuantes; y, mientras depositamos una confianza inquebrantable en él, nuestros pies se mantienen firmes y podemos mirar sin desaliento la escena atribulada que nos rodea. Los hombres de edad reciben nuestra reverencia, y los consejos de su larga experiencia son muy apreciados. Quien no reverenciará al Anciano de Días, al Dios eterno; y ¿quién rechazará el consejo de Aquel cuyas salidas son desde el principio, desde la eternidad? (Miqueas 5:2)

La inmutabilidad de Dios se ha convertido en un pretexto para restringir la oración ante él; pero esto está mal. Incluso si el otorgamiento o la negación de las bendiciones deseadas no se vieron afectados por la oración, aún queda razón suficiente para perseverar en ofrecer las bendiciones.

petición. El sentimiento devocional es aceptable a Dios y provechoso para el alma. Si la oración no traerá a Dios al alma, al menos traerá el alma a Dios. Un hombre en un bote, en aguas peligrosas, puede ser salvado por medio de una cuerda que se le arroje desde la orilla. Cuando tira, aunque la roca a la que se puede atar el otro extremo de la cuerda no llega a la barca, la barca llega a la roca. Así que la oración lleva el alma a Dios.

Pero no es cierto que el dar o negar la bendición deseada no se vea afectado por la petición presentada. Aunque Dios es inmutable, su operación cambia en su efecto sobre sus criaturas, según su carácter y circunstancias cambiantes. El mismo sol endurece la arcilla y ablanda la cera. Adán estaba a favor de Dios antes de pecar; pero después estuvo bajo su disgusto. Cuando un hombre se convierte, es removido de estar bajo la ira de Dios a un estado de favor con él, y todas las cosas ahora obran juntas para su bien. En todo esto, Dios no cambia. Dios, en el pasado, ha otorgado bendiciones en respuesta a la oración, y su inmutabilidad alienta la esperanza de que lo hará en el futuro. Todo su plan ha sido dispuesto de tal manera, en su infinita sabiduría, que muchas de sus bendiciones se otorgan solo en respuesta a la oración. La conexión entre la oración y el otorgamiento de la bendición está tan fijada por la designación divina como la que existe entre la causa y el efecto en las cosas naturales. La inmutabilidad de Dios, por lo tanto, en lugar de ser una razón para restringir la oración, la hace indispensable; porque nuestras débiles peticiones tienen su efecto con Dios, según su inmutable propósito; y, negar la posibilidad de esto, sería negar la eficacia de la intercesión de Cristo.

#### V.- Omnisciencia.

DIOS SABE TODAS LAS COSAS (Job 37:16; Salmo 147:5; Isa 42:9; Isa 46:9, 10; Hechos 1:24; Rom 11:33; Heb 4:13; 1Jn 3:20).

En su estupidez, los hombres han adorado a dioses de madera y de piedra, que teniendo ojos no ven, y teniendo oídos no oyen; pero la deidad

que la Biblia da a conocer, es un Dios de conocimiento (1Sam 2,3). Incluso la religión natural enseña que el hacedor y gobernante del mundo debe poseer inteligencia; y la idolatría degradante que adoraba a las aves, las bestias de cuatro patas y los reptiles, era contraria a la razón, así como a la revelación.

El MODO del conocimiento de Dios no lo podemos comprender. La Escritura y la razón se unen para enseñar que sus pensamientos no son como los nuestros. Derivamos nuestra mejor concepción de su conocimiento de nuestras propias operaciones mentales; pero debemos tener cuidado de no pensar en él como uno completamente igual a nosotros. Así como difiere de todas las criaturas, en modo de presencia y de duración, también difiere, en modo de conocimiento, de todos los demás seres inteligentes.

Dios no adquiere conocimiento a nuestra manera. Adquirimos conocimiento de objetos externos por medio de nuestros sentidos corporales; pero Dios no tiene cuerpo ni órganos de los sentidos como los nuestros. Aprendemos las relaciones menos obvias de las cosas por medio de procesos de razonamiento, que a menudo son tediosos y laboriosos, pero Dios no se esfuerza por adquirir conocimiento, y no se demora en alcanzarlo. Todas las cosas están desnudas y abiertas a sus ojos (Hebreos 4:13). Aprendemos mucho por el testimonio de otros; pero Dios no depende para el conocimiento de la información recibida de cualquiera de sus criaturas. Obtenemos conocimiento de nuestras propias operaciones mentales por medio de la conciencia; y, como esto es sin ningún proceso de razonamiento, y no por nuestros sentidos corporales, o el testimonio de otros, puede darnos la mejor concepción posible del modo de conocimiento de Dios. Todas las cosas que conoce están ante su mente tan inmediata y completamente como los estados y operaciones de nuestras mentes están ante nuestra conciencia; pero nuestras mejores concepciones quedan infinitamente por debajo del tema incomprensible. Como los cielos son más altos que la tierra, así sus pensamientos son más altos que nuestros pensamientos (Isaías 55:9).

Dios no tiene su conocimiento en posesión, según nuestro modo. El gran almacén de nuestro conocimiento es la memoria, una maravillosa facultad con la que está dotada la mente humana. Sin ella, todo conocimiento

pasaría de la mente, como la imagen pasa de un espejo, cuando el objeto que la produce ha pasado. Pero si la duración de Dios es sin sucesión, no hay, con él, ningún pasado que recordar; y por lo tanto la memoria, para él, es algo completamente diferente de lo que es para nosotros. Todo su modo de vida difiere tanto del nuestro que no podemos atribuirle facultades humanas sin degradar su divinidad.

En nuestro estudio de los atributos de Dios, es importante recordar, en cada paso de nuestro progreso, que todos ellos son incomprensibles para nosotros. Deberíamos hacer esto, no sólo por humildad, sino también para protegernos de inferencias erróneas, que podemos sacar de nuestras concepciones imperfectas de la naturaleza divina. Es instructivo notar hasta qué punto los elementos de estas concepciones se derivan de lo que sabemos de nuestras propias mentes. Ninguna combinación de tales elementos puede darnos concepciones adecuadas de la Mente eterna e infinita. Incluso las Sagradas Escrituras, que nos revelan a Dios, no proporcionan los conceptos elementales necesarios para un conocimiento perfecto de Dios. Hablan a los seres humanos en lenguaje humano, y el conocimiento que imparten es suficiente para nuestras necesidades presentes y capaces de hacernos sabios para la salvación; pero debemos recordar que el lenguaje humano no puede expresarnos lo que la mente humana no puede concebir y, por lo tanto, no puede transmitir un conocimiento completo.

Gran parte del conocimiento humano consiste en meras negaciones. Ejemplos frecuentes de esto ocurren en nuestro estudio de los atributos divinos. Qué es la espiritualidad de Dios, no podemos saberlo positivamente; pero sabemos que no es materia. No podemos comprender qué es la eternidad de Dios, pero, en nuestro esfuerzo por comprenderla, ampliamos nuestra concepción positiva de la duración hasta el máximo grado posible, y finalmente buscamos alivio en las ideas negativas: sin principio, sin fin, sin sucesión. Estas negaciones marcan la imperfección de nuestro conocimiento. El conocimiento de Dios es directo y positivo, y no busca alivio en las negaciones que nos resultan tan convenientes.

Dios no usa su conocimiento a nuestro modo. Para la correcta dirección de las acciones, es necesario el conocimiento, tanto de las cosas en realidad

existente, y de las cosas, cuya existencia es meramente posible. Nuestras mentes poseen estos dos tipos de conocimiento en una medida limitada y los usan de manera imperfecta. En el estudio de la historia y la geografía adquirimos conocimiento de las cosas que existen o han existido. La aritmética trata del número y la geometría de la magnitud; pero estas ciencias no enseñan la existencia real de nada. Al razonar a partir de las relaciones y propiedades abstractas de las cosas, nuestras mentes son capaces de determinar qué existiría o podría existir en supuestos casos; y, por este proceso, nuestro conocimiento se extiende al departamento de cosas posibles. Este conocimiento es necesario para elegir; y, por tanto, a la acción voluntaria. Si una sola cosa fuera posible, no habría lugar para elegir; y debemos saber las cosas posibles, antes de que podamos elegir. Dios tiene conocimiento perfecto de las cosas posibles, y estas dependen de su poder. Tiene, además, conocimiento perfecto de las cosas reales, y éstas dependen de su voluntad. Sabía cuántos mundos podía crear y cuántas clases de plantas y animales; y de estos eligió qué mundos, plantas y animales, deberían existir. Según nuestro modo de concepción, el conocimiento de las cosas posibles precede a la voluntad o propósito de Dios, y el conocimiento de las cosas reales le sigue. Pero no nos atrevemos a afirmar que hay una sucesión de pensamientos en la mente divina. No podemos comprender cómo usa Dios su conocimiento, en consejo o en acción.

La EXTENSIÓN del conocimiento de Dios es ilimitada. Él sabe todas las cosas; todas las cosas posibles y todas las cosas reales. Se conoce a sí mismo perfectamente, aunque desconocido por cualquier otro ser. Los atributos que en vano nos esforzamos por comprender, él los comprende plenamente. Sus caminos, para nosotros inescrutables, le son plenamente conocidos desde el comienzo de sus obras. Todas las criaturas le son conocidas, y todo lo que les pertenece: los ángeles del cielo, los hombres que habitan la tierra, y todo ser viviente, hasta el gorrión, o los cuervos jóvenes, él los conoce y los mira cuidadosamente. Los pensamientos de la mente los comprende, y los secretos de cada corazón los escudriña a fondo.

Todos los eventos, pasados, presentes o futuros, son conocidos por Dios. Se dice que los hechos pasados son recordados por él; y reclama la presciencia de

eventos futuros, desafiando a dioses falsos a una comparación con él a este respecto (Isa 41:22). Su conocimiento previo de los acontecimientos futuros está probado por las numerosas predicciones contenidas en la Biblia que proceden de él. A los israelitas se les dio (Dt 18,22), como regla para distinguir a un verdadero profeta del Señor, que sus predicciones se cumplieran; pero no se les podría impartir del Señor un conocimiento previo de los acontecimientos futuros, si el mismo Señor no lo poseyera.

No podemos comprender el modo de la presciencia de Dios. Ve las cosas presentes no como las ve el hombre, y recuerda el pasado no a la manera de la memoria humana. Por lo tanto, no sorprende que no podamos comprender el modo de su conocimiento; y especialmente de su conocimiento previo, en lo que menos nos parecemos a él. Tenemos algún conocimiento del presente y del pasado; pero del futuro no tenemos un conocimiento absoluto. Conocemos causas que existen en el presente, de las cuales inferimos que ocurrirán eventos futuros; pero no poseemos un conocimiento previo absoluto de estos eventos futuros. Alguna causa, de la que ahora no somos conscientes, puede intervenir y decepcionar nuestra expectativa. Los fenómenos de la naturaleza que esperamos con la mayor confianza, como la salida del sol, la ocurrencia de un eclipse, se conocen de antemano sólo con la condición de que las presentes leyes de la naturaleza continúen operando, sin cambio ni suspensión. Pero el Autor de la Naturaleza puede intervenir y cambiar el orden actual de las cosas. En la suposición de que Dios tiene un conocimiento perfecto de todas las causas que ahora operan; que hay leyes fijas que determinan la sucesión de los hechos; y que Dios entiende perfectamente estas leyes; podemos comprender que Dios puede predecir infaliblemente las cosas por venir. Ningún ser sino él mismo puede interferir en el orden de las cosas que ha establecido. Este modo de conocimiento previo lo podemos, en alguna medida, concebir; pero muchos no están dispuestos a admitir la suposición que implica, que todos los acontecimientos tienen lugar de acuerdo con un orden de secuencia establecido. Sostienen que los eventos que dependen de las voliciones de los agentes libres no ocurren así; y, por lo tanto, no puede ser conocido de antemano de esta manera.

Algunos, que adoptan el último punto de vista mencionado, niegan que Dios conozca de antemano los eventos futuros, dependiendo de las voliciones humanas. Sin embargo, le atribuyen la omnisciencia, y la entienden como el poder de conocer todas las cosas. Dicen que, así como la omnipotencia significa el poder de hacer todas las cosas, sin hacerlas, así la omnisciencia significa el poder de conocer todas las cosas, sin conocerlas. Claramente hay un error de lenguaje aquí. Así como omnipotencia significa todo poder, así omnisciencia significa todo conocimiento; y Dios no posee omnisciencia, si posee meramente el poder de saber, sin el conocimiento mismo. Pero se puede cuestionar si, según la teoría, Dios tiene incluso el poder de saber. El poder de Dios podría haber excluido tales contingencias de la existencia; pero, después de haber abierto la puerta, es difícil comprender cómo algún poder podría prever qué cosas entrarán, si son en su naturaleza impredecibles. Pero la objeción más fuerte posible se encuentra contra la teoría, ya que se opone al hecho. Dios ha predicho muchos eventos que dependen de innumerables voliciones de agentes libres y, por lo tanto, debe haberlos conocido de antemano. Aquellos que han defendido esta teoría, en relación con la opinión de que la duración de Dios es un ahora eterno, y que estrictamente hablando, no hay conocimiento previo ni posterior con él; fijar estrechos límites a la omnisciencia divina. Si el conocimiento de Dios es inmutable, y si no tiene un conocimiento previo de las contingencias, no puede tener un conocimiento posterior de ellas. Pero toda la historia de la humanidad depende de contingencias; llenándose de ellos, y los acontecimientos que dependen de ellos. Todo esto debe ser un espacio en blanco a la vista de Dios. Los hombres pueden conocer esta historia, y puede estar escrita en diez mil volúmenes; pero Dios no lo sabe, porque, aunque posee el poder de saber, ha determinado no ejercerlo. Entonces, ¿cómo juzgará Dios al mundo?

Los seres humanos tenemos dos modos de conocer los hechos pasados; uno, de memoria; el otro, infiriendo su existencia de los efectos que se han seguido. Un hombre recuerda que una casa fue incendiada, habiendo visto las llamas de su combustión; otro sabe que se quemó, porque ve sus cenizas. En un modo, la memoria

retrocede a lo largo de la línea del tiempo; en el otro, la razón retrocede a lo largo de la línea de causa y efecto. El único modo que tenemos de conocer eventos futuros es por el proceso de razonamiento. Si Dios tiene un método más análogo a nuestra memoria o percepción que a nuestra razón; nos es imposible determinar. Si lo tiene, no podemos concebirlo, porque no hay nada igual en nosotros; pero la ausencia de tal poder en nosotros, de ninguna manera prueba su inexistencia en Dios. Algunos han imaginado que Dios mira hacia abajo en la perspectiva del tiempo y ve eventos futuros, como vemos a un viajero que se acerca cuando todavía está lejos de nosotros. Pero los casos no son análogos. Vemos venir al viajero, sin haber venido; lo que es presente, en cuanto a tiempo, y no lo que es futuro. Su llegada, el evento futuro, lo conocemos solo por un proceso de razonamiento. La suposición es que Dios tiene una percepción inmediata del evento futuro, sin ningún proceso intermedio de razonamiento. Decir que lo ve, lo expresa en sentido figurado, pero no lo explica.

La doctrina de que no hay sucesión en la eternidad de Dios, ni niega ni explica su presciencia. 1. No niega.

Algunos han sostenido que, estrictamente hablando, no hay conocimiento previo ni conocimiento posterior de Dios; y esto puede admitirse, si la presciencia implica necesariamente la sucesión del pensamiento. Pero la presciencia que atribuimos a Dios, no es conocimiento anterior a otra cosa en la mente divina, sino conocimiento anterior al evento conocido de antemano. Del conocimiento de Dios han procedido predicciones de eventos futuros. Tal conocimiento, en una mente humana, sería un conocimiento previo; y en lenguaje humano este es su nombre propio. 2. No explica. La doctrina enseña que todos los tiempos y eventos, pasados, presentes y futuros, son igualmente presentes para Dios. El derrocamiento de Babilonia por Ciro, y la predicción del mismo por parte de Isaías, son ambos eventos históricos; y, como tales, se supone que han estado igualmente presentes en la mente de Dios desde el principio del mundo. Ahora bien, el hecho de que el derrocamiento estaba presente en la mente de Dios, no podía ser la causa de la revelación hecha al profeta y de la predicción que siguió; porque según la doctrina, la predicción ya estaba tan presente en la mente d

evento predicho; y por lo tanto, su existencia debe estar igualmente presupuesta en el orden de causa y efecto. Por lo tanto, para dar cuenta de esta, o cualquier otra predicción, nos vemos obligados a admitir que Dios tiene un modo de presciencia, en cuya naturaleza la doctrina de lo perpetuo ahora no nos da ninguna idea.

Pero, ¿por qué deberíamos permitirnos especulaciones vanas o agotarnos con esfuerzos innecesarios? Somos como niños que se meten en el océano, para conocer su profundidad a la medida de su pequeña estatura, y que exclaman, casi al primer paso, ¡Oh! ¡que profundo! Incluso Pablo, cuando se esforzaba por sondear este tema, exclamó: "¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!" (Romanos 11:33)

En comparación con la inteligencia infinita de Dios, ¡cuán pequeño es todo el conocimiento humano! Honramos a Newton, ya otros gigantes del intelecto que han aparecido en el progreso de nuestra raza; pero su mayor gloria era saber un poco de los caminos de Dios. Que toda potencia de nuestra mente se incline ante su infinito entendimiento, con profunda humildad y devota adoración. Estudiamos nuestras propias mentes y encontramos en ellas muchas cosas que no podemos explicar; y cuando usamos el poco conocimiento de ellos que podemos alcanzar, en nuestros laboriosos esfuerzos por entender algo de Dios, una parte importante de su uso consiste en convencernos de que no podemos encontrar a Dios, y que sus pensamientos no son como los nuestros. pensamientos.

Como seres inteligentes, podemos contemplar la omnisciencia de Dios con devota admiración; y como seres culpables, debemos temer y temblar ante ella. Ve los rincones más recónditos del corazón. Los pensamientos odiosos que no deseamos que un compañero gusano conozca, son todos conocidos por él, y cada pensamiento, palabra y acción, los recuerda y los traerá a juicio. ¡Cuán terrible es este atributo del Gran Juez, quien expondrá los secretos de cada corazón y recompensará a cada hombre de acuerdo con sus obras, aunque no sea observado u olvidado por los hombres!

Pero con todo el asombro que lo inviste, este atributo de la naturaleza divina es deleitable para el hombre piadoso. Se regocija al decir: Tú, Dios, mírame. Él ora: Pruébame, y ve si hay en mí algún camino de perversidad, y llévame al camino eterno. Con mucho gusto se compromete a la guía de aquel que tiene todo el conocimiento. Consciente de su propia ceguera y oscuridad, no sabe qué camino tomar, o qué es lo mejor para él; pero se pone, con confianza inquebrantable, en las manos del Dios omnisciente.

## VI. – Omnipotencia.

DIOS PUEDE HACER TODO LO QUE QUIERE (Gn 17,1; Job 5,9; Jer 32,17; Mt 19,26; Ap 1,8; Ap 19,6).

Nuestra primera idea de poder se deriva probablemente del control que poseemos sobre nuestros músculos y del uso que hacemos de ellos para producir efectos sobre las cosas que nos rodean. Nuestros miembros y nuestra voz se convierten en los instrumentos de nuestro poder; y, en el uso de ellos para efectuar nuestro propósito, surge la noción de poder. Transferimos esta noción y la incorporamos a la concepción que nos formamos de otros seres inteligentes como nosotros; y así se convierte en un elemento de nuestra concepción de la deidad. En el mundo material, las causas son seguidas por sus efectos de manera similar a como los efectos son producidos por el movimiento de nuestros miembros; y se dice que las causas materiales tienen poder. Es así como hablamos del poder del vapor, o de un motor.

Sabemos bien que nuestro poder es limitado. Muchas cosas que intentamos no logramos. Para concebir la omnipotencia introducimos, como en otros casos, la idea negativa, sin falta. Esto, sin embargo, no excluye la idea de intento, deseo o voluntad. No deroga nada de la omnipotencia de Dios, que él no logra lo que no tiene deseo o voluntad de lograr. Es imposible que Dios mienta o se niegue a sí mismo; pero estas son cosas que no le agrada hacer, porque son incompatibles con sus perfecciones morales. Tampoco el hacer estas cosas sería una indicación de poder supremo. También es cierto que Dios no puede hacer

cosas que implican contradicción en sí mismas; as, hacer que una cosa sea y no sea, al mismo tiempo; hacer que un círculo sea al mismo tiempo un cuadrado, etc. Si el poder finito falla en lograr tales cosas, no falla porque es finito, sino porque las cosas son imposibles. Ninguna medida de poder podría acercarse más al éxito.

La impotencia es tan buena como la omnipotencia para lograr imposibilidades.

Nos llenamos de asombro al contemplar la omnipotencia de Dios.

Cuando oímos la voz de su trueno en los cielos, o sentimos temblar la tierra bajo la pisada de su pie, ¡cómo llenan nuestra mente los pensamientos solemnes de las cosas divinas! Desde la nube que se desgarrar y la tierra que tiembla, miremos hacia atrás, al poder que trajo la creación a la existencia, y hacia adelante, a esa demostración de su poder que vamos a presenciar en el último día. Tal ser, ¿quién no temerá? Nuestras mentes ejercen su poder a través de nuestros cuerpos, a los cuales, por lo tanto, se limita el ejercicio inmediato de la misma; porque no podemos añadir un codo a nuestra estatura, ni hacer blanco o negro un cabello. Pero Dios tiene todo en el universo bajo su control inmediato y perfecto. No necesita instrumentos, ni ayuda mecánica, ni serie de artilugios; pero, a su voluntad, la cosa se hace, ya sea la producción de un animalculo, o la creación de un mundo. A nuestra voluntad, un dedo se mueve; pero por voluntad de Dios, un planeta es lanzado en su órbita, con una fuerza de la cual la bala de cañón da sólo una vaga concepción. Los huracanes, que barren la tierra, y levantan las viviendas, y los mismos cuerpos de los hombres, en el aire, tienen su poder. El océano, que se divierte con poderosos barcos, tiene su poder. El volcán, que estalla con tan terrible grandeza, tiene su poder. Pero cuando hemos combinado la fuerza del aire, el océano y el fuego subterráneo, debemos multiplicarla por el número de tales agentes que están operando, a través de todos los mundos en todo el vasto imperio de Dios, antes de que podamos comenzar a concebir adecuadamente de su omnipotencia. He aquí, estas son partes de sus caminos; pero el trueno de su p

VIII. - Bondad.

DIOS ES INFINITAMENTE BENEVOLENTE (Ex 34,6; Salmo 103,2-8; Zac 9,17; Mt 7,11; Lc 2,14; Lc 12,32; Rom 5,8; 1Jn 4,8).

La bondad de Dios, ejercida hacia sus criaturas, se expresa a menudo en las Escrituras con el término amor. El amor se distingue como benevolencia, beneficencia o complacencia. La benevolencia es amor en intención o disposición; la beneficencia es el amor en acción, o conferir sus beneficios; y la complacencia es la aprobación de buenas acciones o disposiciones. La bondad, ejercida hacia los indignos, se llama gracia; hacia el que sufre, se llama piedad o misericordia. El último término da a entender que el sufrimiento, o la posibilidad de sufrir, surge del justo desagrado de Dios.

La bondad implica una disposición a producir felicidad. Somos conscientes del placer y el dolor en nosotros mismos, y sabemos que podemos, hasta cierto punto, causar placer o dolor en los demás. El placer continuado es felicidad; dolor continuo, miseria. Dios es capaz de producir felicidad o miseria, cuando y en la medida que le plazca. ¿Cuál de éstos es la disposición de su naturaleza infinita para producir?

La bondad de Dios puede argumentarse a partir de sus manifestaciones en las obras de la creación. El mundo está poblado de seres racionales, capaces de placer; y en todas partes se les proporcionan fuentes de placer. Cada sentido de cada animal es una entrada de placer; y para todos los sentidos se proporcionan los medios del placer. Lo que Dios les da ellos lo recogen. Su mano abierta vierte placeres en su existencia en cada momento. Cuando consideramos las innumerables criaturas vivientes que, en este momento, reciben placer de las abundantes y variadas provisiones que su poder creador ha provisto; y cuando reflexionamos que esta corriente de generosidad ha fluido incesantemente desde la creación del mundo, bien podemos considerar la fuente de la que ha descendido como infinita.

Demuestra la bondad de Dios, que los placeres que disfrutan sus criaturas no vienen incidentalmente, sino que son manifiestamente el resultado de la invención. La comida nutriría sin el placer

experimentado en comer. Podríamos haber estado constituidos de tal manera que el hambre nos impulsara a tomarlo y lo recibiéramos con dolor, pero poco menos que el producido por la falta de él. Pero Dios ha añadido placer donde no era absolutamente necesario, y ha hecho del sustento mismo de la existencia animal una fuente de gratificación perpetua.

Agrega mucho a la fuerza de este argumento, que las indicaciones de un diseño malévolos no se encuentran en las obras de Dios. De hecho, el dolor se experimenta a menudo, pero nunca parece ser el resultado de un arreglo especialmente hecho para recibirlo. No hay ningún órgano de nuestro cuerpo al que podamos señalar y decir que fue especialmente diseñado para causarnos dolor.

El mero disfrute animal no es lo más elevado que otorga Dios. A sus criaturas inteligentes les ha abierto otra fuente en la búsqueda y adquisición del conocimiento. Necesitamos conocimiento, así como comida; y podríamos vernos impulsados a buscarlo por una penosa necesidad, sin obtener ningún placer de ello. Pero aquí, nuevamente, se manifiesta la benevolencia del Creador. El placer se sobreañade cuando adquirimos los conocimientos necesarios; y, cuando el progreso ha llegado al límite de nuestras necesidades, el placer no cesa. El apetito intelectual nunca se sacia hasta el odio.

Pero Dios nos ha hecho susceptibles de un placer mucho más elevado y noble en el ejercicio de la virtud y la religión. A esto ha adaptado nuestra naturaleza moral, haciéndonos capaces tanto del ejercicio como del disfrute. Para el ejercicio de la virtud y la religión, la constitución de la sociedad humana y las diversas relaciones que sostenemos en su organización, proporcionan abundante ocasión; y en el sentido moral de la humanidad, y la aprobación que arranca la virtud, aun cuando el tributo no se paga espontáneamente, se abre una fuente de goce. En el debido ejercicio de nuestras facultades morales, somos capaces de amar y disfrutar a Dios; y, por tanto, de experimentar una felicidad que trasciende infinitamente todo otro disfrute. Este océano de plenitud infinita, esta fuente de felicidad eterna e inagotable, da la demostración plena de la bondad infinita de Dios. Y esto

disfrute, además, nunca empalagoso; pero, con el progreso, aumenta el deleite.

La doctrina de la bondad de Dios, a pesar de la abundancia de sus pruebas, está acompañada de dificultades. Aunque los seres racionales no están provistos de órganos preparados a propósito para recibir el dolor, tienen órganos para infligirlo, que son incuestionablemente el resultado de la invención. Los colmillos de serpientes y las picaduras de insectos son ejemplos de este tipo; ya estos se les pueden agregar las garras y colmillos, o picos, con los que los animales carnívoros desgarran a sus presas. ¿Cómo puede reconciliarse la existencia de tales artilugios que infligen dolor con la bondad infinita de Dios? ¿Cómo podemos explicar, en armonía con esta doctrina, el sufrimiento que soportan los animales por la violencia de unos a otros, por el hambre, el frío y la enfermedad? Sobre todo, ¿cómo podemos conciliar las innumerables miserias de que está colmada la sociedad humana, en todos los rangos y condiciones de vida? Si Dios es infinitamente bueno, ¿por qué la vida humana comienza en el dolor y se cierra en el dolor y está sujeta al dolor en todo su curso?

Estas dificultades son de demasiada magnitud para pasarlas por alto. Confunden el entendimiento y turban el corazón; y, por lo tanto, exigen una consideración cuidadosa y sincera. Se ofrecen las siguientes observaciones para proteger el corazón contra su influencia.

1. Admitir la existencia de las dificultades en toda su fuerza, ¿y entonces qué? ¿Se sigue que Dios es un ser malévolo? Si lo fuera, abundarían las pruebas de su maldad, como abundan ahora las de su bondad. En todas partes deberíamos encontrar sentidos animales adaptados para ser las entradas de la miseria, y los objetos de estos sentidos todos adaptados para causar dolor. ¿Se sigue que a Dios le es indiferente que sus criaturas sean felices o miserables? Las numerosas disposiciones que se hacen con referencia manifiesta al disfrute animal, prohíben este supuesto. ¿Se sigue que Dios es caprichoso? Esta conclusión se ve impedida por el hecho de que el sufrimiento que hay en el mundo corre por todas partes junto con sus goces; la felicidad y la miseria están entrelazadas entre sí, y forman partes de un mismo sistema. Por

resumiendo el todo, descubrimos que la vida animal tiene más placer que sufrimiento, y que sus dolores son, en la mayoría de los casos, incidentales. En nuestra experiencia diaria, las bendiciones se derraman sobre nosotros incesantemente; y cuando llega el sufrimiento, a menudo somos conscientes de que surge de nuestro abuso de la bondad de Dios y, por lo tanto, no es un argumento en su contra. En muchos otros casos, encontramos que el sufrimiento presente conduce al bien futuro; y tenemos razón para creer que siempre sería así, si lo soportáramos con un espíritu adecuado y lo mejoráramos sabiamente. Por lo tanto, nos conviene, cuando ocurren sufrimientos cuya tendencia benéfica no podemos descubrir, recordar que comprendemos sólo una parte muy pequeña del camino de Dios. Hemos encontrado incomprensibles todos los demás atributos de su naturaleza, y no debería sorprendernos que su bondad lo sea.

Los sufrimientos que experimentamos en nosotros mismos, o vemos en los demás, se convierten en ocasión para la prueba de nuestra fe. Para el entendimiento de un niño, la disciplina de su padre puede parecer ni sabia ni amable. Las indulgencias que se anhelan pueden negarse; y pueden imponerse trabajos y privaciones sumamente indeseables. En estas circunstancias, es deber del niño confiar donde no puede comprender. Así que debemos ejercer fe en la sabiduría y bondad de nuestro Padre celestial, y creer que sus caminos están llenos de bondad, aun cuando sean inescrutables. Se ve suficiente de su bondad en otros lugares para satisfacernos de su existencia cuando el misterio lo oculta de la vista.

2. No se puede probar que la mezcla de dolor con la gran medida de goce que Dios concede a sus criaturas sea incompatible con su bondad. El insecto de un día y el inmortal cerca del trono de Dios derivan su disfrute de la misma bondad infinita. Si el insecto de corta vida pasara sus pocas horas bajo los rayos del sol sin dolor, y fuera aniquilado sin dolor, la dificultad que ahora nos avergüenza no se aplicaría a su caso. Su existencia, llena de disfrute, correspondería a nuestras nociones de la bondad del Creador; y la finitud, o medida muy pequeña de su disfrute, no desacreditaría la fuente para ser

infinito del que procede. Ahora bien, si una criatura de otro tipo tuviera placeres cien veces mayores, con una disminución de una medida de dolor, su existencia, en conjunto, es noventa y nueve veces más deseable que la del insecto. ¿Negaremos, pues, que esta existencia procede de la bondad de la deidad? Si el dolor forma parte del mismo sistema que el placer, debemos atribuirlos al mismo autor; y el animal al que le quedan noventa y nueve medidas de disfrute, no tiene más derecho a quejarse de la disminución de uno por la resistencia al dolor, que el insecto supuso que tendría que quejarse de la ausencia de noventa y nueve medidas que las más favorecidas criatura disfruta. Esta consideración puede convencernos de que la presencia de algún dolor, conectado con una cantidad mucho mayor de disfrute, no es inconsistente con la doctrina de que Dios es infinitamente bueno.

Además, es perfectamente concebible que el dolor mismo pueda, en algunos casos, aumentar nuestros placeres, como el alivio del sufrimiento hace que el goce posterior sea más exquisito: y, de otras maneras, que somos incapaces de comprender, el dolor puede producir un resultado benéfico. Desde este punto de vista, la existencia del dolor no puede ser incompatible con la bondad de Dios.

3. Mucho del sufrimiento en el mundo es claramente el efecto del pecado, y debe ser considerado como una imposición de la justicia divina. La justicia de Dios reclama ámbito para su ejercicio, así como su bondad. La bondad de Dios es infinita, si confiere la felicidad tan ampliamente como es compatible con las demás perfecciones de su naturaleza. Es una teoría favorita de algunos, que Dios apunta a la mayor cantidad posible de felicidad en el universo; y que admite el mal, sólo porque la admisión del mal produce al final una mayor cantidad de felicidad que la que hubiera producido su exclusión. Según esta teoría, la justicia misma es una modificación de la benevolencia; y el dolor sufrido por un ser, es infligido por amor al todo. Pero ya sea que la justicia sea una modificación de la benevolencia, o un atributo distinto, sus pretensiones deben ser consideradas; y la bondad no deja de ser bondad, porque

no derroca el gobierno de Dios, ni se opone a sus otras perfecciones.

Algunas personas atribuyen todos los sufrimientos de los animales brutos al pecado del hombre, pero las Escrituras no enseñan claramente esta doctrina; y hemos mostrado que el dolor que soportan las bestias puede reconciliarse de otro modo con la bondad de Dios. Que los animales sufren por el pecado del hombre, está claro en la crueldad que a menudo experimentan por parte de las manos humanas; pero que todos sus sufrimientos procedan de esta causa no está tan claro. A menos que el orden de las cosas cambiara grandemente con la caída del hombre, los halcones tenían sus garras y picos desde el día en que fueron creados, y los usaron antes de que el hombre pecara, al tomar y devorar otras aves como alimento; y, por tanto, el dolor y la muerte, en los animales brutos, no entraron en el mundo por el pecado del hombre. Los animales brutos tienen, en general, una existencia feliz. Libres de ansiedad, remordimiento y temor a la muerte, disfrutan con gran deleite los placeres que su Creador les ha dado; y no es menos un don de su infinita bondad, porque es limitado en cantidad, o mitigado por alguna mezcla de dolor.

4. Puede ser que la bondad de Dios no sea mero amor a la felicidad. En su opinión, la felicidad puede no ser el único bien, ni siquiera el principal bien. Él mismo es perfectamente feliz; sin embargo, esta perfección de su naturaleza no se nos presenta, en su palabra, como la única base, ni siquiera como la base principal, sobre la cual descansa su derecho al honor y adoración divinos. Las huestes del Cielo le atribuyen santidad y lo adoran por ello; pero no por su felicidad. Si pudiéramos contemplarlo como supremamente feliz, pero sacando su felicidad de la crueldad, la falsedad y la injusticia, necesitaríamos una naturaleza diferente de la que nos ha dotado, y una Biblia diferente que nos dirija de la que nos ha dado, antes de que pudiéramos rendirle adoración sincera y sentida. En la regulación de nuestra conducta, cuando el placer y el deber se oponen, estamos obligados a elegir el último; y esto a menudo se convierte en la prueba de nuestra obediencia. Por el mismo principio, si se nos pusiera delante una vida entera de deber y una vida entera de disfrute, para que pudiéramos elegir entre ellas, deberíamos estar obligados a preferir la santidad a la felicidad. Él

por lo tanto, concuerda con el juicio de Dios de no considerar la felicidad como el principal bien; y la producción de la mayor cantidad posible de felicidad no pudo haber sido su objetivo principal en la creación del mundo. Podemos concluir que su bondad no es un cariño débil que complace a sus criaturas y administra su disfrute, independientemente de su conducta y carácter moral. Apunta a su felicidad, pero en subordinación a un propósito superior y más noble.

Según el orden de cosas que él ha establecido, se hace imposible que un ser impío sea feliz, y este orden concuerda con la bondad de Dios, que apunta, no a la mera felicidad de su universo, sino a su bienestar. Siendo, en el mejor de los casos sentido.

Si estos puntos de vista son correctos, las miserias que el pecado ha introducido en el mundo, en lugar de refutar la bondad de Dios, proceden de ella y la demuestran. Son medios usados por el gran Padre de todos, en la disciplina de su gran familia, para disuadir del mayor de todos los males. Precisamente este uso nos enseña la sabiduría de lo alto a hacer de sus juicios y amenazas; y cuando estos terribles medios nos hayan enseñado la maldad del pecado, y nos hayan sido bendecidos como medios de santificación, podremos percibir en ellos una manifestación de la bondad de Dios.

5. Para inferir la infinitud de la bondad de Dios a partir de sus efectos, debemos verlos en conjunto. La perfección de su justicia aparece en su minuciosa y precisa adaptación a cada caso particular. Cada parte de su administración debe, cuando se lleva a la línea de la rectitud para la comparación, estar de acuerdo con ella precisamente. Pero así como al estimar la longitud de una línea, no examinamos sus partes, así la infinitud de la bondad de Dios debe ser juzgada por la suma de sus efectos, como aprendemos el poder de Dios, no de un solo grano de arena, sino de toda la extensión de la creación.

Para comprender este vasto tema, necesitamos la mente infinita de Dios mismo. En acontecimientos que ahora nos parecen oscuros y misteriosos, pueden estar envueltas las semillas de futuros beneficios para sus criaturas, que

producirán su fruto más adelante, para el uso de las inteligencias que admiran y adoran. Las partes del gran sistema están tan maravillosamente ajustadas unas a otras, que ningún ser finito se atreve a decir que esto es inútil, o que es pernicioso o perjudicial. Por qué Dios ha hecho precisamente tales órdenes de criaturas como las que habitan el mundo con nosotros, y por qué les ha designado sus diversos modos de vida, con las ventajas e inconvenientes peculiares de cada uno, es del todo incapaz de decir; y, si nos comprometemos a decir por qué hizo alguna criatura, podemos asignar una razón que creemos entender, pero de la cual, en realidad, sabemos muy poco. Si la inteligencia unida del universo pudiera elevar su voz a Dios, como la voz de una sola criatura, y decir: "¿Por qué me has hecho así?" sería una atrevida impiedad. ¡Qué inapropiado entonces para el hombre, que es un gusano, acusar la sabiduría y la bondad de su Hacedor!

La bondad de Dios es el atributo de su naturaleza, que, por encima de todos los demás, suscita el afecto de nuestros corazones. Estamos llenos de asombro ante su eternidad, omnipresencia, omnisciencia y omnipotencia; pero podemos imaginar todos estos atributos conectados con cualidades morales que los harían repulsivos. Pero la bondad de Dios, si bien es terrible y grandiosa, es al mismo tiempo poderosamente atractiva. Es esto, cuando se entiende en su sentido propio, no como el mero amor a la felicidad, lo que convierte a Jehová en el centro propio del universo moral. Es esto lo que atrae los corazones de todas las santas inteligencias ahora en el Cielo, y lo que está atrayendo a ese lugar alto y santo todo lo que en la tierra es más hermoso y excelente; y si los corazones de alguno repelen este centro, y se alejan más de él, son "estrellas errantes, para quienes está reservada la negrura de las tinieblas para s

#### VIII. - Verdad.

DIOS ES UN SER DE VERDAD INVOLABLE (Dt 32,4; Salmo 119,142; In 8,26; Rom 3,4; Ti 1,2; Heb 6,18; Ap 3,7).

La verdad de Dios incluye veracidad y fidelidad: veracidad en su declaración de las cosas como son, y fidelidad en la exactitud

cumplimiento de sus promesas y amenazas. Los hombres yerran a menudo en su testimonio por error de los hechos, y fallan por la incapacidad de cumplir las promesas que han hecho con intenciones honestas. La omnisciencia de Dios hace imposible el error con él; y su omnipotencia e inmutabilidad hacen seguro el cumplimiento de sus intenciones. La verdad, como atributo moral, es la concordancia de lo dicho con la mente del hablante. Nunca acusamos a los hombres de falta de veracidad, cuando yerran en su testimonio por mera equivocación; o con falta de fidelidad, cuando dejan de cumplir sus promesas enteramente por incapacidad. El testimonio de Dios es verdadero, porque concuerda perfectamente con su visión de las cosas, y que esta visión concuerda con el estado actual de las cosas, resulta, no de su verdad, sino de su omnisciencia. Sus promesas son verdaderas porque concuerdan precisamente con sus intenciones; y que estas intenciones se cumplan exactamente, resulta de otros atributos, como se ha explicado. La verdad se entiende en su mayor parte para referirse a algo hablado o escrito; pero la verdad de Dios puede entenderse, en un sentido más amplio, para denotar la concordancia de todas las revelaciones o manifestaciones que él ha hecho de sí mismo, con su mente y carácter.

Debido a que las manifestaciones de Dios de sí mismo son verdaderas, no se sigue que sean completas y perfectas. Mostró su gloria a Moisés; pero fue sólo una parte de su gloria lo que exhibió, porque Moisés no pudo soportar toda la exhibición. Todas las manifestaciones a sus criaturas son necesariamente limitadas; y se hacen como bien le pareciere. Nuestro conocimiento de Dios, que es necesariamente imperfecto a causa de nuestra debilidad, es a menudo erróneo por nuestro mal uso de las manifestaciones que él ha hecho. Así que el mundo pagano, conociendo a Dios, no lo glorificaron como a Dios, sino que cambiaron la verdad de Dios en mentira.

Cuando los hombres abusan del conocimiento de Dios que poseen y de los medios de conocimiento que él les ha proporcionado, no es incompatible con su carácter entregarlos, en justo juicio, a las concupiscencias de sus propios corazones. Por cuanto no reciben el amor de la verdad, Dios les enviará fuertes engaños (2

Tesalonicenses 2:11), para que creyeran la mentira. Entonces Acab deseaba una profecía falsa, y sus profetas deseaban complacerlo, y Dios lo entregó para ser engañado (1 Reyes 22). Esto se expresa, en la imaginación profética de la Escritura, al enviar un espíritu de mentira a los profetas. Acab fue engañado; pero fue a pesar de la verdadera palabra de Dios, por el profeta a quien él rechazó. Jeremías se queja de que Dios lo había engañado; pero esto, en la interpretación más desfavorable que se le pueda dar a su lenguaje, no es más que una exclamación impaciente del profeta, bajo una dura prueba.

No podemos tener conocimiento de Dios, excepto por las manifestaciones que él ha hecho de sí mismo. Cuando los recibimos, sin importar cómo estén hechos, como si nos expresaran la mente y el carácter de Dios, ejercitamos la fe en Dios. Pero cuando cerramos nuestros entendimientos y corazones contra estas manifestaciones, o, por desprecio por ellas, las malinterpretamos de alguna manera, somos culpables del gran pecado de la incredulidad, que rechaza el testimonio de Dios y lo convierte en mentiroso.

#### IX. - Justicia.

DIOS ES PERFECTAMENTE JUSTO (Job 34:12; Salmo 9:4; Salmo 92:15; Isa 38:17; Rom 2:6).

La justicia consiste en dar a cada uno lo que le corresponde. Se ha distinguido en Conmutativo y Distributivo. La justicia conmutativa es el trato justo en el intercambio de mercancías y pertenece al comercio. La Justicia Distributiva premia o castiga a los hombres según sus acciones, y pertenece al gobierno. En cualquiera de los dos puntos de vista, la justicia se relaciona con la distribución de la felicidad, o los medios para obtenerla, y presupone un principio o regla a la que debe ajustarse esta distribución y, según la cual, algo se debe a las partes.

La Justicia Conmutativa regula la entrega de un medio de disfrute a cambio de otro, para no perturbar la proporción de felicidad asignada a cada uno; pero la Justicia Distributiva se eleva más alto, y respeta la misma asignación o distribución de la felicidad, dando a uno y negando a otro, según la regla. Eso esta en el

último sentido sólo que la justicia se atribuye a Dios. Implica la existencia de un gobierno moral; y es el atributo que asegura una administración fiel y perfecta de este gobierno.

Algunos han admitido otra distinción, a la que se ha dado el nombre de Justicia Pública. Esto determina el carácter del gobierno moral de Dios y las reglas según las cuales procede. Puede considerarse como una cuestión de definición si la existencia y el carácter del gobierno moral de Dios se atribuyen a su justicia o a su bondad. Como este gobierno tiende al mayor bien del universo, no parece haber razón para negar que se origina en la bondad de Dios; y si se atribuye a su justicia pública, esa justicia puede considerarse una modificación de su bondad.

En el gobierno moral de Dios, los hombres son considerados como seres morales y racionales, y la cantidad de sus disfrutes se regula con referencia a su carácter moral. La adaptación precisa de esto es competencia de la justicia. En la ceguera de la depravación humana, los hombres reclaman los goces como un derecho natural, independientemente de su carácter moral y conducta. Rechazan el gobierno moral de Dios y buscan la felicidad a su manera. Esta es su rebelión, y en esto se les opone la justicia de Dios. Este es el atributo que los llena de terror y despliega la omnipotencia contra ellos. El gobierno moral de Dios debe ser derrocado, y el monarca del universo expulsado de su alto asiento de autoridad, o no hay esperanza de escape para el pecador. Gustosamente se precipitaría en el vasto almacén de placeres que la bondad infinita ha proporcionado y los reclamaría como propios, y se desenfrenaría de ellos a placer; pero la espada de la justicia guarda la entrada. En oposición a sus deseos, el gobierno de Dios está firmemente establecido, y la justicia y el juicio son la morada de su trono. Incluso en el mundo actual, las manifestaciones de este gobierno son visibles en todas partes; y es manifiesto que hay un Dios, un Dios de justicia, que juzga en la tierra; pero la gran exhibición está reservada para el juicio del gran día. La conciencia ahora, en lugar de Dios, a menudo pronuncia sentencia, aunque su voz no es escuchada; pero

los labios del Juez Supremo no pueden ser ignorados, y fijarán la condenación final del pecador.

Aunque hay corazones tan duros que no se ven afectados por el sentido de la justicia de Dios, una visión correcta de este atributo terrible y glorioso inspira ese temor del Señor que es el principio de la sabiduría. Una seguridad permanente de que un Dios justo se sienta en el trono del universo es indispensable para el ejercicio adecuado de la piedad.

#### X.- Santidad.

DIOS ES INMACULADAMENTE SANTO (Ex 15:11; Lev 11:44; 1Sam 2:2; Job 4:18; Salmo 5:4, 5; Salmo 22:3; Isa 6:3; Hab 1:13; Mt 5: 48; 1Jn 1,5; Apoc 4,8).

La bondad, la verdad y la justicia son atributos morales de Dios. La santidad no es un atributo distinto de estos; sino un nombre que los incluye a todos, en vista de su oposición a las cualidades contrarias. Implica la perfección del conjunto; la ausencia de todo lo contrario a cualquiera de las propiedades incluidas.

Los hombres son impíos. Incluso los hombres más puros tienen sus manchas. Es útil contrastar el carácter de Dios, a este respecto, con el de los hombres. Aumenta nuestra admiración y amor, añade fervor a nuestra devoción, incita a adorarlo en la belleza de la santidad ya imitarlo en nuestro carácter y vida. "Sed santos, porque yo soy santo".

#### XI. - Sabiduría.

DIOS ES INFINITAMENTE SABIO (Job 4:18; Job 36:5; Salmo 104:24; Prov 21:30; Rom 11:33; 1Cor 1:25; 1Tim 1:17).

El conocimiento y la sabiduría, aunque a menudo los confunden los pensadores descuidados, son diferentes. La sabiduría siempre tiene respeto a la acción. Nuestros sentidos se ven afectados por los objetos externos, y las percepciones de ellos surgen en la mente, que constituyen una gran parte de nuestro conocimiento. Aprendemos sus propiedades y relaciones, y este conocimiento, depositado en e

memoria, se convierte en un depósito valioso, del cual podemos tomar lo que sea necesario para su uso. Pero es en el uso de esta tienda que se exhibe la sabiduría. Cuando las impresiones externas han agitado la maquinaria mental interna, esa maquinaria, a su vez, opera sobre las cosas externas. Es en las salidas de la mente donde tiene lugar la sabiduría, y se ocupa de formar nuestros planes y propósitos de acción. Nuestros conocimientos y principios morales tienen mucha influencia en la dirección de nuestra conducta, y se considera sabio al hombre cuyo conocimiento y principios morales dirigen bien su conducta. Por lo tanto, se considera que la sabiduría consiste en la selección del mejor fin de acción y la adopción de los mejores medios para lograr este fin.

Dios es infinitamente sabio, porque elige el mejor fin posible de la acción. No podemos pretender comprender cuál es el fin que Jehová tiene a la vista en todas sus obras. Las escrituras hablan de la gloria de Dios como el fin de la creación y de la redención, y parecemos autorizados a hablar de esto como el fin de todas sus obras; pero ¿cuál es el significado total de la frase "la gloria de Dios"? Suponemos que significa tal manifestación de sus perfecciones, y especialmente de sus perfecciones morales, que es supremamente agradable para él mismo y, por lo tanto, para todos los seres inteligentes que son afines a él. Pero estamos perdidos en la contemplación.

Dios es infinitamente sabio, porque adopta los mejores medios posibles para la realización del fin que tiene en vista. En la creación su sabiduría lo hizo a todos (Sal 104,24); y en redención sobreabundó para con nosotros en toda sabiduría (Efesios 1:8). Él obra todas las cosas según el designio de su voluntad (Efesios 1:11); y es sabio en el consejo.

La sabiduría de Dios es un abismo insondable. Su camino está en el mar, y su senda en las aguas impetuosas. ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! (Rom 11:33) Un niño no puede comprender los planes de un sabio estadista; mucho menos puede el más sabio de los hombres comprender los planes del único Dios sabio. Deberíamos alguna vez

ténganlo en cuenta cuando nos comprometamos a investigar las razones del proceder divino.

La pregunta de por qué Dios permitió la entrada del pecado en el mundo ha desconcertado a la sabiduría de los sabios. Como ser de perfecta santidad, odia el pecado con un odio perfecto. Teniendo poder infinito para excluirlo de sus dominios, ¿por qué permitió su entrada? Como Padre benévolo de su gran familia, ¿por qué permitió que un mal tan ruinoso la invadiera? ¿Hubo algún descuido en su plan, alguna falla en la sabiduría de sus arreglos, que hizo posible este terrible desastre? Como nuestra fe a menudo está perpleja con estas preguntas, observaciones como las siguientes pueden ser útiles para ayudar en su debilidad.

1. El pecado está en el mundo; y Dios es infinitamente bueno y sabio. La primera de estas proposiciones expresa un hecho del que tenemos prueba diaria, ante nuestros ojos y en nuestro corazón; la segunda es una verdad indudable de la religión natural y revelada. Aunque no podamos reconciliar estas proposiciones, ambas son dignas de ser recibidas con fe inquebrantable. Ningún hombre, en su sano juicio, puede dudar de ninguno de ellos.

2. La existencia del pecado no debe atribuirse a la debilidad de Dios. Fácilmente podría haberlo excluido de sus dominios. Podría haberse negado a hacer agentes morales y haber llenado el mundo con criaturas que no poseían facultades morales y, por lo tanto, incapaces de pecar. O, por cualquier cosa que parezca lo contrario, estaba en su poder crear agentes morales, y así confirmarlos en la santidad desde el principio, como para hacer imposible su caída. O bien, a la primera aparición del pecado en cualquiera de sus criaturas, podría haber aniquilado de inmediato al transgresor y haber impedido que el mal se extendiera, para la ruina de sus súbditos, o incluso que permaneciera en sus dominios. Si podemos, por un momento, abrigar dudas sobre este punto, su perfecto control del mal, ahora que ha obtenido entrada en su dominio, es suficiente para confirmar nuestra fe. Efectivamente ha entrado. Y el príncipe de la potestad del aire se combina con sus numerosos

legiones, para darle prevalencia y triunfo. Pero, para deshacer las obras del diablo, el hijo de Dios apareció en la naturaleza humana. Escogió la debilidad de esa naturaleza para la demostración de su poder, al aplastar la cabeza de la serpiente antigua. Por lo tanto, Cristo es el poder de Dios. En su más profunda humillación, en la hora en que colgaba de la cruz, triunfó sobre su enemigo y dio prueba de su poder triunfante, arrancando al ladrón, que expiró cerca de él, de las mismas fauces de la destrucción. La cruz exhibe la exhibición más brillante de omnipotencia.

3. La existencia del pecado no es incompatible con la justicia de Dios. Es competencia de la justicia castigar al pecador, pero no aniquilar su pecado. La Justicia, en el sentido amplio en que se llama Justicia Pública, y coincide con la Bondad, será considerada, en su relación con este sujeto, en la siguiente observación; pero, en su sentido ordinario, supone la existencia de un gobierno moral, y de agentes morales, y, por tanto, la posibilidad de transgresión. Las leyes se hacen con referencia a los inicuos y desobedientes; y el gobernante civil estaría armado con la espada en vano, si no pudiera haber malhechores para quienes pudiera ser un terror. La justicia no impide la entrada del pecado, sino que encuentra en él ocasión para su ejercicio supremo. Este atributo se muestra terrible y gloriosamente en el castigo de los ofensores. Al ver la destrucción del Anticristo, y el humo de su tormento ascendiendo por los siglos de los siglos, se representa a los habitantes del Cielo diciendo: "Aleluya, porque el Señor Dios omnipotente reina". (Ap 19:6) Es en el ejercicio de su justicia punitiva que entienden su gobierno, y por qué está sentado en el trono. La justicia y el juicio son la morada de su trono.

4. La existencia del pecado no es incompatible con la bondad de Dios. Incluso aquellos que explican que la bondad es el amor a la felicidad por sí misma, y entienden que la utilidad, o la producción de felicidad, es el fundamento de la virtud, no concluyen que la bondad de Dios deba necesariamente excluir del mundo el mal moral. Por el contrario, suponen que prevalecerá sobre el mal para finalmente producir una mayor cantidad de felicidad en el universo de la que habría existido si el mal moral nunca hubiera entrado. Si esto se toma como un mero

hipótesis, mientras no sea refutada, será suficiente para contestar las objeciones; y la hipótesis no puede ser refutada por una mente incapaz de comprender el sujeto infinito. Si la bondad de Dios apunta al bienestar del universo, más que a su felicidad, se puede hacer otra hipótesis, imposible de refutar, de que Dios anula la existencia del pecado para producir los más importantes beneficios morales. No se puede esperar que entendamos cuáles pueden ser éstos; pero de un beneficio, por lo menos, podemos hacer una conjetura. Así como las perfecciones morales de Dios son la gloria de su carácter, su gobierno moral es la gloria de su esquema universal; y, por lo tanto, pudo haber sido agradable a su mente infinita permitir la entrada del pecado, porque dio ocasión para el despliegue de su justicia y gobierno moral. Puede concordar mejor con su sabiduría infinita, para confirmar a sus súbditos obedientes en santidad, no por necesidad física, sino por influencia moral; y el despliegue de su justicia y gobierno moral debe ser un medio importantísimo para la realización de este fin. ¿Cómo podrían las inteligencias que han de expandirse para siempre en la presencia de este trono, tener aquellas impresiones morales que son necesarias a la perfección de su santidad, si permanecieran para siempre ignorantes?

Al contemplar este tema, es importante tener en cuenta que la bondad de Dios debe estimarse por su efecto agregado. Como incluye el amor a la felicidad, proporciona goces a sus criaturas: en esta vida, innumerables y siempre presentes, aunque no infinitos o puros; y en la vida venidera, lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni concibió corazón de hombre. Esta masa de gozo no la ha arrojado delante de sus criaturas, para que cada una se asegure lo que pueda; pero la justicia infinita guarda la distribución de ella. La regla de distribución es la que la Justicia Pública, o bondad de Dios, considerada como amor al bienestar, ha prescrito en el establecimiento de su gobierno moral. La bondad infinita asegura el mayor bien posible de su administración universal, mientras que la justicia perfecta regula todos los detalles de la administración, en hermosa armonía con el gran diseño.

5. Aunque hacer el mal para que venga el bien está reprobado en la palabra de Dios, sin embargo, permitir el mal, que él reemplaza por el bien, está de acuerdo con su método de proceder. Está dicho: "La ira del hombre te alabará, y el resto de la ira lo reprimirás". (Salmo 76:10.) En esto se da a entender claramente que una parte de la ira no está restringida, o es permitida, y se anula para bien. Pablo pregunta: "¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y hacer notorio su poder, soportó con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción?" (Romanos 9:22) La perseverancia y la longanimidad es el permiso de la continuación del mal; y el despliegue de la justicia y el poder de Dios por lo tanto, se supone manifiestamente en la pregunta del Apóstol. La crucifixión de Cristo, un acto perpetrado por manos malvadas, fue permitido por Dios. Incluso fue librado por el consejo determinado y la presciencia de Dios. Este evento ha sido anulado a bueno inconcebiblemente grande. ¿Por qué no podemos suponer que concordaba con infinita sabiduría permitir la entrada del pecado, con miras al glorioso plan de la redención por la sangre de Cristo? Cristo crucificado es la sabiduría de Dios. En su cruz, el poder, la bondad, la justicia y la sabiduría de Dios se manifiestan armónica y gloriosamente. Mientras nos gloriamos en la cruz de Cristo, no olvidemos que los enemigos de la cruz han de perecer. Por lamentable que sea el hecho, nuestros corazones aprobarán plenamente la sentencia que se ejecutará sobre ellos cuando la oigamos pronunciada por los labios del juez justo. Tal era la benevolencia del corazón de Pablo, que estuvo dispuesto a dar su vida por la salvación de las almas; sin embargo, tan abrumador era su sentido de la afirmación de Cristo del amor de todo corazón humano, que no dudó en exclamar: "Si alguno no ama al Señor Jesucristo, sea anatema. Maranatha". (1Cor 16:22) Si concordó con su amor por las almas pronunciar esta imprecación, concordará con la benevolencia de Dios castigar a los enemigos de Cristo con destrucción eterna de la presencia del Señor y de la gloria de su poder. Si nuestras mentes ahora fallan completamente en aprobar la terrible sentencia, es porque concebimos inadecuadamente la gloria y hermosura de Cristo.

Debería llenarnos de alegría, que la sabiduría infinita guíe los asuntos del mundo. Muchos de sus eventos están envueltos en la oscuridad y el misterio, y a veces parece reinar una confusión inextricable. A menudo prevalece la maldad, y Dios parece haberse olvidado de las criaturas que ha creado. Nuestro propio camino a través de la vida es oscuro y tortuoso, y está plagado de dificultades y peligros. Cuán llena de consuelo es la doctrina de que la sabiduría infinita dirige todos los acontecimientos, saca orden de la confusión y luz de las tinieblas y, para los que aman a Dios, hace que todas las cosas, cualquiera que sea su aspecto presente y aparente tendencia, funcionen. juntos para siempre.

### Conclusión.

La doctrina acerca de Dios armoniza con los afectos del corazón piadoso y tiende a apreciarlos. La naturaleza moral de quien no ama a Dios, demuestra su existencia y su obligación de amarlo y, en consecuencia, su naturaleza está en guerra consigo misma. Hay un conflicto interior, entre la conciencia y los afectos depravados.

El principio moral está en el corazón no renovado, invadido por pasiones impías; y no puede ser debidamente desarrollado, hasta que los afectos sean santificados. Cuando, por este cambio, se haya producido la armonía en el hombre interior, todo lo que está dentro armonizará con la doctrina acerca de Dios. La mente, en su propia y sana acción, recibe gozosamente la doctrina y encuentra en Dios el objeto de su sumo amor.

El hombre piadoso se regocija de que Dios exista y de que sus atributos sean lo que la naturaleza y la revelación proclaman que son. "¿A quién tengo en el cielo sino a ti? Y no hay nadie en la tierra que desee fuera de ti". (Sal 73:25)

La doctrina acerca de Dios no sólo armoniza con la piedad interior, sino que tiende a apreciarla. Si el amor a Dios existe cuando se le conoce sólo parcialmente, aumentará a medida que aumente nuestro conocimiento de él. A medida que el hombre piadoso estudia el carácter de Dios, la belleza y la gloria de ese carácter se abren a su vista, y su corazón es atraído hacia él con

afecto más intenso. Con opiniones tan deslumbrantes para el alma, el salmista había sido favorecido cuando exclamó: " Oh Dios, tú eres mi Dios; de madrugada os buscaré: mi alma tiene sed de vosotros, mi carne os anhela en tierra seca y árida, donde no hay aguas; para ver tu poder y tu gloria, así como te he visto en el santuario." (Sal 63:1, 2)

El amor de Dios, que se acrecienta con un verdadero conocimiento de él, no es un mero sentimiento de gratitud por las bendiciones recibidas. Muchas personas hablan de la bondad de Dios y profesan amarlo, quienes no tienen placer en contemplar su santidad y justicia, y para quienes estos son atributos desagradables. Cuando tales personas se presenten ante él en el juicio final, hay razón para temer que encontrarán que él es un Dios diferente del que amaron y alabaron en la tierra. El amor al Dios verdadero es amor al Dios de la santidad y de la justicia, el Dios en quien se une toda perfección moral; y si nuestro amor es de este tipo, nos deleitaremos en contemplar las glorias del carácter divino, y, aparte de toda vista de los beneficios recibidos de él, nos enamoraremos de su hermosura esencial.

El amor a Dios que aumenta con un verdadero conocimiento de él, está impregnado de una profunda reverencia por su carácter. La ligereza familiar con la que a veces se le aborda y se dirige a él, de ninguna manera concuerda con las horribles exhibiciones que ha hecho de sí mismo en sus obras y en su palabra. Aquellos que, mientras profesan amarlo, no tienen un sentido solemne de su infinita grandeza y santidad, todavía tienen que aprender el temor de Dios, que es el principio de la sabiduría.

El verdadero conocimiento de Dios rectificará este mal en el corazón.

El verdadero amor de Dios va acompañado de humildad. Cuando estamos absortos en la contemplación de la mente humana, bien podemos sentirnos llenos de admiración por sus poderes y capacidades. Pero últimamente, surgió de la oscuridad de la nada, una chispa que brillaba tan débilmente que solo un ojo omnisciente podía percibir su luz. En el corto período que ha transcurrido, ha aumentado gradualmente en esplendor y probablemente ha asombrado al mundo por su brillo.

Lo que una vez fue el rayo más débil del intelecto, se ha convertido en un Newton, un

Locke, un Howard o un Napoleón. Y cuando concebimos esta mente inmortal, como si continuara expandiendo sus poderes a través de un futuro ilimitado, estamos listos para formarnos una alta estimación de la grandeza humana. Pero cuando recordamos que el hombre, sea lo que sea y de lo que sea capaz, es una criatura formada por la mano de Dios, y dotada por él de todas estas nobles facultades; cuando consideramos que, con todo su avance por las edades eternas, será para siempre como nada, comparado con la infinitud de Dios; y cuando miramos hacia atrás en la eternidad pasada, y contemplamos a Dios existiendo con toda esta inmensidad de perfección, eras de eras antes de que comenzara nuestra débil existencia; bien podemos apartarnos de toda admiración por la grandeza humana y exclamar: "Señor, ¿qué es el hombre, para que te acuerdes de él?"

Pero el incentivo más fuerte para la humildad se encuentra en contrastar nuestra depravación con la santidad de Dios. Noble como es el intelecto humano, está arruinado por su apostasía de Dios. Todo hijo depravado de Adán, que ha estudiado los atributos de Dios y ha alcanzado algún conocimiento de su santidad inmaculada, bien puede exclamar con profunda humildad: "¡Ay de mí! Hombre inmundo de labios, porque mis ojos han visto al Rey, el Señor de los ejércitos". (Isaías 6:5)

El verdadero conocimiento de Dios da confianza en él. En vista de su verdad, aprendemos a poner una confianza inquebrantable en las manifestaciones de sí mismo que ha hecho, y en las promesas que ha hecho, como fundamento de nuestra esperanza. Hay momentos en que el hombre bueno pierde el sensible goce del favor divino, y en que la espada de la justicia aparece apuntándole al pecho; pero incluso entonces, con el verdadero conocimiento y amor de Dios en su corazón, puede decir: "Aunque él me matare, en él confiaré".

La doctrina acerca de Dios que enseña la Biblia confirma su pretensión de ser considerada como la palabra de Dios.

Esta doctrina, como hemos visto, se adapta precisamente a la naturaleza moral del hombre, y pone de manifiesto los principios morales y religiosos con los que

su Creador lo ha dotado, en su mejor y más noble ejercicio. Si se mira aparte de su relación con Dios, el hombre, la criatura tan maravillosamente dotada, es un enigma en el universo; pero la doctrina acerca de Dios resuelve el misterio. La tendencia de esta doctrina a ejercer una influencia santificadora, en el origen mismo de todo sentimiento y acción humana, demuestra que procede de Dios. Quien experimenta su poder santificador en su corazón, tiene una prueba de su verdad que observando más puede dar. Por esta doctrina, estamos principalmente en deuda con la Biblia. Aquí Dios, que se ha exhibido vagamente en sus obras, surge en una comunicación directa, y como el sol en los cielos, se hace visible por su propia luz. Si el principio religioso dentro de nosotros actuara como debe, la doctrina de la Biblia se adaptaría a nosotros con tanta precisión como la luz del sol se adapta a los ojos; y deberíamos tener una convicción tan completa de que el Dios de la Biblia existe, como la tenemos de que existe el sol, cuando lo vemos brillar con todo su esplendor en medio del cielo.

La prueba de que la Biblia es la palabra de Dios se acumulará a medida que progrese en nuestra investigación de la verdad religiosa. Hemos avanzado un paso, por nuestras indagaciones sobre la existencia y los atributos de Dios; y la gloria de la doctrina bíblica acerca de Dios, ha brillado en nuestro camino con un resplandor deslumbrante. Sigamos prosiguiendo nuestros estudios, guiados por este libro sagrado; y si abrimos nuestros corazones al poder santificador de su verdad, tendremos cada vez más pruebas, en su influencia sobre nuestras almas, de que proviene del Dios de la santidad.

-----

Del Manual de Teología de John Dagg

## LIBROS DE MONERGISMO

La Doctrina de Dios por John Dagg, Copyright © 2017

Todos los derechos reservados bajo las Convenciones Internacional y Panamericana de Derechos de Autor. Mediante el pago de las tarifas requeridas, se le ha otorgado el derecho no exclusivo e intransferible de acceder y leer el texto de este libro electrónico en pantalla. Ninguna parte de este texto puede reproducirse, transmitirse, descargarse, descompilarse, someterse a ingeniería inversa o almacenarse o introducirse en ningún sistema de almacenamiento y recuperación de información, de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, ahora conocido o inventado en el futuro. sin el permiso expreso por escrito de Monergism Books.

Ediciones ePub, .mobi y .pdf de noviembre de 2017. Las solicitudes de información deben dirigirse a: Monergism Books, PO Box 491, West Linn, OR 97068